

ANTOLOGÍA

XXI^{er} Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo



Universidad Politécnica de Puerto Rico

4 de mayo de 2016
San Juan, Puerto Rico



Nota aclaratoria:

Esta Antología del 21^{er} Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo no podrá ser copiada ni distribuida en ningún formato sin contar con el permiso oficial de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. No obstante, y según las reglas del Certamen, cada autor conserva su derecho de publicar su obra.

Dedicatoria

A nuestro amado y respetado hombre de letras,
Dr. Rafael López Valdés.

ÍNDICE DE OBRAS Y AUTORES

Arte de la portada, p. 5
 Agradecimientos, p.6
 Mensaje del 50 Aniversario de la Universidad Politécnica, p. 7

POESÍA

Comunidad

Cuerda de Violín, Ebrahim Narváez, p. 8
 Involución, Luis Rodríguez Ortiz, p. 9
 Sturm und Drang, José E. Muratti, p. 10
 El Cristo, José E. Muratti, p. 11
 El niño de aluminio, Heriberto Figueroa, p. 13
 Oda al silencio, Carlos E. Silva, p. 15

Estudiante UPPR

Verano en la cantina, Josué E. Peraza, p. 16

Otras Universidades

El nombre es la cadena que anuda, Miguel A. Rivera, p. 17
 Ambientalistas perjudicados, Nicolás A. Ortiz, p.18

Administración UPPR

Cosas del Corazón, Miguel A, Riestra, p.19

Escuela Superior

Colores, Patricia Y. Rodríguez, p. 20
 Pero hoy me quedan sus manos, Ricardo Gil Polanco, p. 21
 Tarde, Daniela F. Rivera Piedra, p. 22

CUENTO

Escuela Superior

Rojo demencia, Gabriela Reyes Morales, p. 23
 Una flor de loto junto al estanque, Marina A. Soto, p. 24
 William, el Desertor, Gabriel A. Alvarado, p. 28
 El Valle, Alondra Llompart, p. 31
 Un interludio nocturno, Nataniel Torres, p. 34

Comunidad

La pista (Homenaje a Cortázar), Pedro L. Cartagena, p. 40
 El club de lectura, Nancy Debbs, p. 42
 Falso fondo, Guimazoa Miranda, p. 45
 Ruta al río, Mara Pérez Robles, p. 50
 El sonido de la oscuridad, Adrián Zambrana, p. 53
 La cueva de Ares, Ernesto J. Lavoy, p. 58
 Telaraña de abrazos y cuchillos mágicos, Carlos E. Silva, p. 58

Otras Universidades

En primera fila, Luis Alejandro Polanco, p. 65

ENSAYO

Comunidad

Sobre el ultraísmo o como un fracaso engendra la gloria, Maite Ramos, p. 68

Otras Universidades

Una mirada a la sexualidad y a la identidad sexual en la novela *Simone* de Eduardo Lalo, Luis Alejandro Polanco, p. 73

Escuela Superior

Limbo, Claudia S. Vélez, p. 80

Arte de la portada

Jan Martínez es poeta, profesor universitario y pintor de ciudades rotas que enhebra a través de colores transmisores de energía vivaz. Le agradecemos que nos prestara el uso de la imagen ***El negrito bembón*** - Medio mixto sobre papel 24" x 16" – 2015, como arte del laudo y de la antología de este XXI^{er} Certamen.

Agradecimientos

A la Gerencia de la Universidad Politécnica de Puerto Rico por creer en este sueño que lleva ya unos 25 años.

A los artistas que colaboraron, en la difusión de la convocatoria con su arte,
Vanessa Arandt Lizardi;
y, en el arte del Laudo, **Jan Martínez.**

A los miembros del **Jurado**, quienes con mucha dedicación leyeron todos los textos y tomaron de su tiempo para emitir su laudo:
Emilio del Carril, Yolanda Arroyo Pizarro, Ana María Fuster Lavín,
Lynette Mabel Pérez, Juan Nieves Martínez,
Dra. Milagros Martínez y el Dr. José L. Mojica.

Mensaje del 50 Aniversario

Felicitemos a todos los participantes de esta edición del Certamen Literario y aprovechamos para saludarles en nuestro aniversario número 50. Han sido años esenciales de forjar expertos en las áreas de desarrollo de ingeniería, arquitectura, ciencias geomáticas, y gerencia y empresarismo, entre otras. A tenor con los tiempos, hemos expandido nuestros ofrecimientos académicos, tanto en el bachillerato como en grados asociados y un grado doctoral en ingeniería, a las áreas de pedagogía en ciencias y matemáticas, y la novel ingeniería biomédica.

Este Certamen ha sido por 25 años parte fundamental en esos procesos de formación de valores creativos y de continuidad cultural importantes en la formación universitaria de todo alumno.

Queda aún mucho camino para continuar enriqueciendo la educación de los jóvenes que serán los expertos del futuro.

¡Muchas felicidades!

Comité Coordinador

XXI^{er} Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo

POESÍA

COMUNIDAD

PRIMER LUGAR

Cuerda de Violín

Ebrahim Narváez

Desde la fábula trapecionista de la forma
pronuncio tu nombre.

Es tan silente el destello
que hasta en la sombra de un adjetivo
me hago voz, eco y celaje.

Todo es hechizo cuando mis dedos
con voz propia
mutilan el vestido
que a estas horas de la noche nos aprisiona.

Hay que tatuar sobre las espaldas
nuevas sílabas.

Ven

te invito a matizar de verde
el color del vino
a que al próximo gemido
le pongamos nombre
y a que vayamos de espacio
acorde con el sonido del violín y su murmullo.

Silencio

no grites

la implosión de tus gemidos
bien pudieran romperle al violín una de sus cuerdas.

El acto que evocamos
es una nota en La mayor.

Qué bien se siente
nuestros cuerpos están afinados.

SEGUNDO LUGAR

INVOLUCIÓN

Luis Rodríguez-Ortiz (Laro)

Si le hablas y tus palabras vuelan sin alas ni aire
si la miras y tus ojos traspasan su cuerpo sin sentirlo
si te sientes solo en su compañía...
tan solo como cualquier transeúnte en *Times Square*
tan triste como el que le tira pan a las palomas del parque.

Si a la hora de la cena se escuchan los tenedores y los cuchillos
romper el silencio de la casa que extraña años viejos
si al acostarte a su lado te tiran besos desconcentrados
para acomodar las buenas noches en su sitio
y te duermes ante una luz que no tiene túnel.

Si cuando caminas tienes que esquivar cuerpos en inercia
y los elevadores se convierten en ataúdes temporeros
los trenes, las guaguas, los aviones en mausoleos
los cines y teatros en cielos llenos de estrellas
por donde la gente mira el evento sin sentirlo.

Si te preguntas qué es lo está sucediendo
no creas que el mundo se termina
en un apocalipsis flojo y decepcionante
es que los teléfonos móviles han evolucionado
en una nueva generación de inteligentes...

mientras nosotros seguimos
en involución y desintegración
de lo que fuimos y ya no seremos.

TERCER LUGAR

Sturm und Drang

Jose E. Muratti

¿Acaso es cierto que hayamos nacido para vivir?
- Jules Renard

Soplan los vientos de la aurora.
El horizonte se viste de resplandores
como navajas furibundas
que buscan la carne desnuda
sedienta de venganza.

Nubes negras como explosiones
de arena en el fondo de un mar negro
se arremolinan frente a los acantilados.
Enardecidas abordan el navío que cruza
la superficie del mar-océano y se aleja
sabiendo que toda orilla es ajena.
Escalan la catedral frente el cielo
de arrecife y ola suspendida, congelada:
un abanico de cristal y alfileres de plata
que prenden la piel del horizonte
y zurcen el mantón fúnebre
desapropiado de estrellas.

Viento, nubes, mantón manchado
de pétalos de un rojo oscuro,
hilvanan un ocaso desgarrado
que se niega a asilarse en el olvido.
Truena. Un fogonazo de espadas rotas
cercena la carne erizada del mar amotinado.
A lo lejos, un cono de luz rasga las tinieblas
como un faro derribado buscando asirse
a la orilla cargada de peñascos y guijarros.

Pero la piel tersa, cual retazo de seda
desbocado por el viento, no revela
la sangre que tañe, los latidos que protestan,
los erizos que se asoman tratando de adivinar
qué misterio se ha desvestido de pudor
y va enterrando sus huellas en la arena

consciente de que después de beber
la pócima de almíbar y acero oxidado,
no hay regreso, no habrá más reposo;
que al otro lado de la guardarraya del deseo
solo aguarda el hambre que nunca duerme,
la sed que cuando se sacia, quema.

MENCIÓN DE HONOR

El Cristo

José E. Muratti

Llegó tres décadas después
de desgarrar la noche con su llanto
mientras tres adivinos apostaban
a su divinidad y le ofrendaban
caudales que no le servirían para
penetrar los códigos ni los cerrojos,
ni descifrar la clave de los secretos
que habitan el corazón del hombre
del que se sintió hijo, incomprendido,
desarraigado, desterrado, proscrito.

Se enfrentó a la multitud y palpó
sus terrores y su afán de otro desierto
que al cabo de cuarenta años
desalojara otra tierra prometida
con lluvia mortal de acero y fuego
porque a sus espaldas ardía el arbusto
de la promesa de los cielos y los ejércitos.

La multitud lo abrazó, se empapó
de su verbo hecho consigna de paz,
de su mano de des amortajar muertos,
de saciar con agua la embriaguez,
en virtuosas a pecadoras, desalojar
mercaderes de los atrios de los templos
y enriquecer de sueños a los pordioseros.

Pero no sabemos aplaudir por mucho tiempo
a quienes nos hacen sentir comunes, corrientes,
y comenzamos a buscarle las verrugas, el desliz
al imperdonable, su ausencia de nuestro junte,

esa obstinada pretensión de hacerse compañía de obreros de manos callosas y la cándida mirada de quien carece del don de recitar las escrituras.

Así que fuimos a los que sí saben gobernar pues nos mantienen al tanto de nuestra insuficiencia y le pedimos que lo removieran de nuestro lado, del parapeto de la conciencia, le cedimos la llave al verdugo quien se encargó de hacernos escoger entre el otro condenado, ladrón para los unos, guerrillero para los otros, y este que nada dice pues el lema es darle al César lo que es de él.

Pero el condenado se empeñó en resucitar sus discípulos en convertir su deceso en milagro y desde entonces ocupa todos nuestros días y nos reserva espacios de nuestro más allá.

MENCIÓN DE HONOR**El Niño Vestido De Aluminio**

Heriberto Figueroa Rivera

Esta noche deseo ser inocente, volver
A oír el canto de las sirenas y
Enfrentar a legiones de dragones.
Tiempo, vira tus ruedas hacia atrás,
Déjame soñar con estrellas, una
Caricia más de la Luna me daría vida.
¿Dónde está el unicornio, el mago,
El guerrero, la doncella y el
Demonio? ¿Acaso la realidad los borró?
Es mejor el ardor y el amor de un
Niño vestido de aluminio que
La gloria de un caballero del mundo.
Estoy buscando castillos y planetas
Desconocidos, miro hacia el
Horizonte sabiendo que desaparecieron.
Quiero ponerme una capa e invitar
A tantos héroes a confrontar miles
De villanos - estos últimos ahora ganan.
Ya los animales no hablan, ya las
Gárgolas no protegen, y ya las
Hadas no iluminan grandes valores.

Es mejor el ardor y el amor de un
Niño vestido de aluminio que
La gloria de un caballero del mundo.
Solo dame otro momento para
Reírme sin causa, oh Tiempo,
Cada victoria tiene ahora una derrota.
Solo hazme sentir pasiones bellas
Y platónicas, la desilusión de
Ver la madurez deshumanizarse hace llorar.
Llévame hacia las puertas aquellas
Que el destino me presentó,
Gran Tiempo, escogeré la de la locura.

Es mejor el ardor y el amor de un
Niño vestido de aluminio que
La gloria de un caballero del mundo.

¡Qué la gente me tilde de iluso! Si
Supieran que sin fantasía no
Habría propósito con respectiva energía.

Esta noche deseo ser inocente, volver
A enamorar la vida y encantar
La muerte, danzar con ambas hasta gastarme.

Tiempo, Tiempo, oh Tiempo, el caballero de armadura estrangula al niño vestido de aluminio...

MENCIÓN DE HONOR**Oda al silencio**

Carlos Eduardo Silva

Debo aceptar que me agrada el silencio,
que me gusta sentarme al borde de la cama
y mirar las paredes.

Me encanta, realmente;
con él puedo escucharlo todo:
a mis amigos, a mis abuelos,
a mis pasados amantes gimiendo y llorando,
llorando y gimiendo,
las dos a la vez, las dos
por separado.

Me gusta el silencio porque se convierte
en una presión submarina
que hace reventar mis ojos
y los clava en la pared para que
la miren para siempre, silenciosos,
mientras buscan traspasar
el veneno impenetrable del tiempo.

El silencio, aunque no exista,
es hermoso;
es la muerte de lo molesto,
del estrépito,
del vibrar ansioso de los huesos
y el deseo.
Nos traga el aliento, nos
hace descansar indefinidamente
en las almohadas de la nada

hasta hacernos explotar
y encontrar en nuestras vísceras
la inmortalidad del ruido.

ESTUDIANTE UPPR

SEGUNDO LUGAR

Verano en la cantina

Josué E. Peraza

En las universidades y las cantinas
las niñas que juegan con nuestra vista.
Escondiendo entre su costado y su brazo
un libro del Márques de Sade,
o las obras existencialistas de Camus.

Con aquel color casi blanco del Marfil,
un jardín de lirios y sublimes orquídeas;
las otros rutilantes de un color Carmín,
lánguidas rosas, y delirantes adelfas.

Algunas se reúnen en estudios bíblicos,
como una corona en la cruz del calvario,
recitando versículos, y en el rocío difuso
de la oración, van lavando sus pecados.

A veces como perros vagamos a los clubes,
no queremos envolvernos en la muselina,
sacra de la virgen, ni el alba de su velo.
Corremos siempre, al jardín flamígero,

Hacia las chicas de lánguidos pétalos
y manos llenas de espinas. Rasgarnos
la espalda al ritmo de palpitaciones
discretas ; espaldas ensangrentadas,
y siluetas oponiéndose en su lóbrego
raudal.

Morir en aquella barra de una bala perdida.
Como una victima
en una barra
pérfida.

OTRAS UNIVERSIDADES

TERCER LUGAR

El nombre es la cadena que anuda

Miguel Ángel Rivera Rivera

El nombre es la cadena que anuda,
el hombre a los objetos con capricho.
Vierte agua en la frente, cosa absurda,
a los hijos de los hijos sin permiso.

Bautismal identidad te persigue
a la muerte en el alma impregnada,
en el cielo o en infierno es posible
que respondas a tu nombre en la llamada.

¿Hay algo en el objeto, acaso,
que indique necesario un nombre?
Si es arbitrario, entonces falso.

Error del lenguaje, no te asombre.
Si en tu mente ha dejado un ocaso,
las palabras un abismo esconden.

TERCER LUGAR

Ambientalistas prejuiciados

Nicolás A. Ortiz Youngblood

Si ustedes no me quieren,
es porque no me he convertido en árbol,
ya que los árboles casi nunca se tumban.
Es el hombre el que no los cuida.
Los que les saca la vida
son el hombre y su grúa.
No soy un árbol, pero aún me tienen derribado.

Mis curvas no son de las top, pero aún brindan bienes,
y mi fuerza y mi firmeza perduran en el que no soy de los infieles.

Si ustedes no me quieren,
es porque no me he transformado en grama,
ya que las briznas quitadas de su sitio
son las que el hombre fácilmente se lleva,
y es el hombre el que se aprovecha de que son flacas y no pesan.
Los niños que hacen arrancarlas su vicio
se convierten en los hombres que las cortan o las cementan, las pobres pisadas.

No soy grama, pero siento que estoy debajo de los pies de los creídos indiferentes.
Quisiera ver luz y sentir calor, aunque crean que soy alguien que no los merece.

Si ustedes no me quieren,
es porque mi figura no es como las plantas dobladas al gusto del hombre hechicero.

Soy una criatura de las que se mueven, pero sin gracia,
una bestia gorda y velluda que no gusta a primera vista,
el osito al que menosprecian en el ambiente, del que soy miembro de por vida,
víctima de sus circunstancias que la llevaron a toparse con un mundo de hadas.

Ustedes no tienen que excluirme de su consideración por ver que no soy perfecto.

Quiero compartir cariño, amar y ser amado, y me prestaría a otros placeres,
pero son ustedes los que me tildan de poco valioso, forzándome a vivir con desamor
inmerecidamente.

ADMINISTRACIÓN UPPR

TERCER LUGAR

Cosas del corazón

Miguel A. Riestra

Eras la más bella flor en mi jardín.
Disfrutaba mirarte y observarte.
Me cubrías con tu exquisito perfume.
Me acariciabas al mirarme con tu sonrisa tierna y amorosa.

Amaneciste muerta, sin aliento, sin perfume.
Sería un suicidio provocado
Al saber que otra rosa menos bella y diminuta
Pero llena de cariño y de amor
Se apoderó de mi alma y de mi espíritu
Y me obligó a olvidarte con sus besos
Con sus caricias suaves, silenciosas y tranquilas.

Tengo dolor por tu muerte repentina
Pero el corazón no tiene dueño ni patrono.
Se dirige por senderos misteriosos
Y aquí estoy yo su esclavo pesaroso.

ESCUELA SUPERIOR

PRIMER LUGAR

Colores

Patricia Yared Rodríguez Cintrón

“Describe los colores sin decir su nombre.”

Amarillo: Mi alma al conocerte.
Vibrante como este color.
Como el Sol al mediodía;
ese que me trae alegría
y mucho calor.

Rosa: Aquella blusa que use
cuando salimos la primera vez.
El color de mi vida
si la tuya se juntara con la mía.

Verde: Así me sentí aquella vez,
aquella noche cuando
en tu pantalla vi
la foto de una dama
que no se parecía a mí.

Violeta: Mis nudillos
luego de que besaran la pared
una y otra vez,
sin cansancio alguno
cuando me entere que ya tenías mujer.

Rojo: El color de mis ojos
luego de largas noches,
luego de muchos reproches
y de tanto despojo.
El color de mi enojo, el color de mi sangre,
esa que aun corre por mis venas
aunque ya no me ames.

SEGUNDO LUGAR**Pero hoy me quedan sus manos**

Ricardo Gil Polanco Ortiz

Al flotar en una piscina de lágrimas
sentía una oscuridad fúnebre que me arropaba.
Al ella cerrar sus relucientes
Me dejó con solo el recuerdo de sus regalos:
el Amor, la Ternura y los Caramelos
pero hoy, me quedan sus manos.
Las manos poderosas de una mujer
puestas una sobre la otra, amarradas
con la cadena invisible de la voluntad de Dios.
Estas mismas manos a las cuales nunca vencí
en los juegos de mesa.
Estas mismas manos que me daban
las mejores meriendas de mi niñez.
Estas son las que me quedan hoy grabadas en una memoria moderna
dominada por el mundo digital.

Le doy gracias a El Creador por prestármela
y le pido la memoria que ella no tuvo
para nunca olvidarla.
Podré estar enfurecido
Podré estar estupefacto
Podré estar llorando
Pero hoy me quedan sus manos.

TERCER LUGAR**Tarde**

Daniela Fernanda Rivera Piedra

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
ella busca las palabras para confesarle.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
él sigue escribiendo en un papel aparte.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
ella le murmura dulcemente un momento.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
él vuelve a ver el lugar y siente un viento.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
ella extiende su mano, pero está fría.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
él extiende su mano, pero está vacía.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
ella llora en silencio, está desolada.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
él saca una carta, varias veces doblada.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
ella cierra sus ojos, la palabra retumba.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro:
él la amó en vida y aún en la tumba.

Dos figuras están sentadas hombro con hombro.

CUENTO

ESCUELA SUPERIOR

PRIMER LUGAR

Rojo demencia

Gabriela Reyes Morales

“Hay un cierto placer en la locura, que solo el loco conoce” citaba a Neruda, el nuevo afiche pegado en la pared color blanco marfil. Eran casi las ocho de la mañana en el laboratorio del noreste, donde vivía Zack, quien se hallaba ahí junto a otros niños. Él aún no lo sabía, pero cuando creciera, estaría destinado a servir como un conejillo de Indias. Al igual que a los adultos que viven allí, seguro le realizarán una serie de experimentos, por lo general dolorosos, especialmente cuando no se comporte bien. Eso no era un problema para Zack, sabía seguir todas las instrucciones. “Era un niño bastante bueno”, aseguraban las enfermeras, aunque tenía una apariencia extraña. Su cabello era completamente blanco y muy suave, por no decir frágil. También era daltónico. Sus ojos retrataban todo en blanco y negro. Los pocos colores que podía apreciar eran casi tan débiles como su pelo.

No dejó de sentirse ignorado, incluso cuando cumplió sus diecisiete años. Trató de ser amable con los demás, pero eso no parecía cambiar las cosas. Zack estaba muy confundido. Sus amigos, la única familia que conocía, no podían evitar los celos al ver las consideraciones que tenía el personal con él. Ellos solo mostraron alegría, tal vez alivio, cuando al fin un par de científicos lo procuraron a él. Necesitaban saber cuál de todos los experimentos había sido el causante de su blanca y fina cabellera. El muchacho se acercaba tímidamente cuando sintió en su hombro izquierdo el intento de penetración total de la enorme aguja.

Zack, por primera vez en su vida, sufría el maltrato, y no le agradó en lo absoluto. Lo tomaron por ambos brazos y lo encaminaron al cuarto de torturas (como le llamaban los otros). Allí lo sedarían. Cuando miró su brazo, sucedió algo sorprendente: ¡rojo! Nunca había visto un color tan vívido. ¡Era la primera vez que veía algo tan lleno de vida, tan maravilloso, brillante, bello. Comenzó a apretar y a pellizcar el pedazo de piel por donde vio la pequeña gota, pero al cabo de un corto tiempo no salió más nada.

Al escuchar el eco de unos pasos por el pasillo, agarró lo primero que encontró para poder defenderse. “¿Tendrán ellos también de mi rojo?”, pensó. Comprobó que así era al primer machetazo en medio de la blanca bata del médico. El blanco piso también se bañó de rojo. Zack ya no tiene el pelo blanco. No quedó nadie con vida en ese laboratorio; aunque, los que se han atrevido a entrar a sus ruinas aseguran que en una de las salas de operaciones se lee un mensaje escrito en letras color rojo demencia: “Hay un cierto placer en la locura, que solo el loco conoce”.

SEGUNDO LUGAR

Una flor de loto junto al estanque

Marina A. Soto Fernández

En tiempos remotos, en la antigua Grecia, Zeus se había encaprichado de una hermosa joven llamada Elidora en uno de sus descensos a la Tierra. La joven poseía rasgos muy peculiares: tez trigueña, cabello largo y ondulado y ojos tan azules como el mar que resaltaban entre todas las pecas que rodeaban su rostro.

Una mañana, Elidora, que disfrutaba visitar un estanque cerca de su humilde cabaña, se encontraba observando ensimismada el sereno paisaje de un crepúsculo. Zeus descendió del Olimpo y cayó convertido en sapo con la intención de seducir a la ermitaña joven. Al parecer, el plan de Zeus resultó. Elidora cayó rendida a sus pasiones; formaron un solo cuerpo. En uno de sus tantos encuentros amorosos concibieron cuatro hermosas niñas, a quienes Elidora llamó: Safira, Úrsula, Élide y Solaris.

Las cuatro hermanas tenían los mismos rasgos de su madre, sin embargo, entre ellas había muchas diferencias. Safira tenía ojos azules, cabello grisáceo y tez trigueña; Úrsula, tenía la misma tez, en cambio sus ojos eran verdosos y cabello castaño. Élide y Solaris eran de tez blanca: una rubia y la otra de cabello azabache. Pese a eso, siempre disfrutaban pasar tiempo juntas, y desde pequeñas Elidora les enseñó a ser muy unidas. Pasaban las tardes enteras en el estanque con su madre, jugando a ser princesas. Eran niñas muy humildes y respetuosas tal como su madre les había inculcado.

Pasaron aproximadamente tres años cuando Hera se enteró de la nueva infidelidad de su consorte y que de esa aventura nacieron cuatro niñas. Colmada de celos, decidió que la campesina debía ser castigada. Así que bajó a la Tierra y preguntó a un vendedor de vid por la mujer.

—Busco a una joven que es madre de unas cuatrillizas. ¿Sabe de alguien por aquí?

—Mucho gusto señora y de hecho sí. Ay, pero ¿cómo era que se llamaba? —dijo el hombre rascándose la cabeza— ¿Eloísa, Élida? ¡ELIDORA! Usted habla de Elidora, una joven madre de cuatro niñas, muy hermosas por cierto. De hecho, se dice por estos lares que son hijas de no sé quién, pero nadie está seguro, pues nunca han visto nada; además, Elidora es demasiado tímida como para contarle eso a alguien.

—Qué extraño eso —dijo Hera, como evitando la situación. ¿Sabe usted dónde puedo conseguirla?

—Siga ese sendero —dijo señalando un estrecho camino de piedras— la llevará al estanque donde se la pasa con sus hijas, probablemente esté allí.

Hera le agradeció al vendedor y siguió la ruta. Encontró a la madre juntos a sus hijas. Se acercó a ella y antes de castigarla quiso conocerla un poco:

—¿Con que eres la famosa Eloísa? —dijo Hera con un tono irónico.

—Elidora, para servirle. ¿Quién es usted? ¿Acaso me conoce?

—Eso no importa —rió la diosa.

—No entiendo, ¿cómo puede usted conocerme si yo nunca en mi vida la he visto?

—Soy Hera, la diosa de todos los dioses.

—¡A sus pies señora mía!

—No quiero sus reverencias, soy la esposa del padre de tus hijas. Y sabes que no es bien visto que un mortal se enrede con un dios.

Elidora se sorprendió con la amenaza de Hera y en lo único que podía pensar era en que sus hijitas, que con apenas tres años, quedarían huérfanas en el mundo. Le suplicó para que no dejara a sus hijas sin madre. Sin embargo, Hera no se compadeció de las cuatrillizas y convirtió a Elidora en una flor de loto, condenada a mantenerse dentro estanco por la eternidad.

Cuando Zeus se enteró de la fechoría de su esposa, envió a Hermes y Artemisa a socorrer a las cuatros niñas; decidió traerlas al Olimpo. Después de todo eran sus hijas y merecían ser tratadas como lo que eran, hijas del dios supremo. Además de darles un hogar, Zeus quiso brindarles la inmortalidad. Y así lo hizo, las convirtió en inmortales y le otorgó a cada una un poder especial, pero solo ellas podrían descifrarlos. Lógicamente, Hera no recibió la noticia con agrado, pero no podía hacer nada y en sus decisiones no se metía.

Zeus se había encariñado muchísimo y de igual manera las niñas. Pasaban juntos mucho tiempo y a todas les encantaba jugar con su padre. Safira y Úrsula siempre preferían jugar al “yo te ordeno”, un juego en el que podían reinar por un día. Su padre les ponía pequeñas figuritas que simulaban mortales y ellas podían comandarlos a lo que quisieran, pues eran las reinas de ese día. Con Solaris y Élide, Zeus hacía juegos más pacíficos, pues entendía que esos iban más con sus personalidades y a los poderes que solo él sabía qué eran.

Con el pasar del tiempo, las hermanas crecieron, se convirtieron en adolescentes vigorosas con personalidades extremadamente opuestas. Entre ratos tenían discusiones, especialmente Úrsula y Safira, ya que eran extrovertidas con un carácter tenaz. Discutían por todo o más bien, por nada. Safira era solitaria con sentimientos abismales, pero los ocultaba demasiado bien; ante los dioses era inmensamente fría. Un día, mientras discutía con su hermana Úrsula, levantó las manos con coraje y de ellas salieron pequeñas partículas de hielo. En esa misma pelea, al terminar enojadas, Úrsula bajó al bosque y descubrió que con su pasar las hojas de los árboles comenzaban a caerse. Luego de ese día, Safira estuvo practicando hasta que desarrolló por sí sola el poder de congelar las cosas. De igual manera Úrsula experimentó y se dio cuenta de que no solo podía hacer que los árboles perdieran sus hojas, sino que también podía hacer que el viento soplara tanto como ella quisiera.

Solaris y Élide eran opuestas a sus otras dos hermanas. Solaris descendía varias veces con Hermes para visitar la playa. Era la más que se parecía a la madre. Zeus había escondido un obsequio para ella en el lugar, sabía que era la única capaz

de descubrirlo. El día que Solaris lo encontró (un collar con el que se podía crear fuego), se sorprendió que al igual que sus hermanas tenía poderes. Hacía que el sol se revelara más intenso y el clima se volviera caluroso. Con el tiempo desarrolló su poder y descubrió que además de eso, podía embravecer y calmar el mar a su antojo. Élide, por su parte, manifestó el poder de crear flores. No pudo sentirse más feliz, pues se pasaba tiempo admirando las flores, especialmente, la flor de loto. Tal como sus hermanas, Élide progresó con su poder hasta el punto en que podía decidir de qué color quería las flores, la cantidad y la forma: todo con exactitud. En ocasiones hacía espectáculos para los animales y era increíble ver cómo bailaba entre los capullos que salían de sus delicadas manos.

Llegó un día importantísimo en la vida de las jóvenes: era el cumpleaños número dieciocho, día en que pasarían, de ser adolescentes a mujeres. Esto a su vez, significaba que alguna de ellas pasaría a ocupar el trono de su padre. ¿Quién de todas sería? Solo había lugar para una a la vez. Zeus había olvidado ese detalle tan crucial. Quería ser justo con todas, pero parecía imposible. ¿Cómo le haría? ¿Cómo escogería a una sola?

A pesar de que las hermanas nunca habían discutido por esa precisa razón, ese día ocurrió todo lo contrario. Estuvieron peleándose por el puesto durante toda la mañana, hasta que esa misma tarde desataron un caos en el Olimpo. Todas discutían por el trono, incluso Solaris y Élide, quienes eran las de carácter más dócil; demostraron su deseo por la adquisición el trono, lanzando así su dulzura y paciencia por la borda. Crearon una gran tormenta con todos sus poderes. El viento soplaba fuerte y las flores volaban con él, nevaba y la marea se revolcaba, todo a la misma vez. Zeus, permitió a sus hijas discutir mientras se sentaba en su trono a meditar sobre la situación. ¿Cómo había podido olvidar un detalle tan indispensable?

Una idea le llegó a su cabeza; las detuvo y las reunió.

—Si divido el año en tiempos iguales, todas tendrán la misma oportunidad de gobernar a sus respectivas maneras. Enviaré a Hermes a construir otro trono que se colocará junto al mío.

—¡Creemos que es una excelente idea! —dijo Safira.

—¿No es así hijas mías?

Las jóvenes aceptaron con gratitud, e igual que su hermana, pensaron que era una gran idea. Zeus dividiría el año en cuatro periodo con intervalos de tres meses cada una.

—Mientras yo gobierne, el clima será caluroso, como el fuego en mi collar y haré el mar tan sereno que provocaré que los mortales visiten las playas de toda Grecia, igual que a mí me gusta visitarlas —dijo Solaris. Mientras pasa mi reinado, le llamarán verano y esto lo lograré con la ayuda de nuestro tío Poseidón.

—Después iré yo con mi otoño, —contestó Úrsula— los árboles comenzarán a cambiar sus matices y progresivamente perderán sus hojas, el clima se volverá más fresco y el viento revoloteará.

—Bien por ti hermana, pero como yo tendré el tercer turno en mi reinado, al que llamaré invierno, desnudaré los árboles y todo se volverá frío, tal como soy.

—Bóreas te podría ayudar, querida hija.

—Safira, si es así, luego de tu turno será el mío —dijo Élide con una voz muy serena. Haré que el clima recupere su calidez y las flores tendrán un espectáculo todos los días. Será el reino preferido de los animales y pediré ayuda a nuestra hermana Artemisa. Pintaré el cielo de colores con la ayuda de la diosa Iris y lo llamaré primavera.

Después de decidir los turnos y las condiciones de cada hermana, Zeus emitió las directrices que los demás dioses con cualidades parecidas, ayudarían a cada una de las jóvenes diosas.

Hasta el día de hoy, las hermanas conservan sus reinados y fue así como se crearon las cuatro estaciones del año. Y por el caos entre las hermanas, los humanos tuvieron que padecer los estragos de cada reinado, salvo la solitaria y rojiza flor de loto que impera en el estanque.

TERCER LUGAR

William, el Desertor
Gabriel A. Alvarado Santiago

Una mañana de verano mientras comenzaba su jornada diaria una punzada en el corazón le advertía a doña Catana, que un suceso cambiaría su vida y la de su familia. Subió apresuradamente a la casa y se sentó en su mecedora. Ella miró a su alrededor como buscando una señal, pero todo estaba normal Manolo, su esposo, cuidando el ganado, sus hijos Manolín y William en la finca recogiendo los frutos. Entonces, se levantó y caminó a la cocina, allí estaban Haydee y María haciendo un asopao de gallina vieja. Catana se preguntó: ¿por quién espero?, ¿quién me falta? Preocupada baja las escaleras y se acercó a la casa de su comadre, Clara, de su casa salía un aroma a pan recién horneado con una mezcla de dulce de leche, no era otra cosa que los pasteles de Enrique, esposo de Clara y su compadre.

- *Clara, comay está todo bien. ¿Adónde están los muchachos, en la panadería?*
- *Comay, tos están en la panadería. Te veo preocupá.*
- *Es que tengo un presentimiento como si algo malo fuera a pasar. Voy a preguntarle a la comay Pilar.*

Apresuradamente, Clara y Catana caminaron dos cuadros por el camino de piedra hasta llegar a la casa de Pilar.

- *Comay, comay salga que le quiero preguntar algo.*
- *Catana, dime que pasó, to está bien.*
- *Sí, pero quiero saber si to está bien en tu casa.*
- *Pues claro, Guango está en la carnicería, los muchachos en la finca y las muchachas limpiando.*
- *Es que tengo una punza en el corazón como si algo malo fuera a pasar.*
- *Me voy, nos vemos horita voy pa' casa.*
- *Vaya, tranquila comay que na' va pasar.*

Llegando a su casa se arrodilló a las doce del mediodía frente a su casa como si hubiese visto al mismísimo demonio en su puerta. Eran los soldados del ejército americano que la esperaban junto al sacerdote del pueblo, Padre Elías.

- *"Mrs. González your son Efraín González was killed in the middle of the war, he was a hero".*
- *Padre Elías, que es lo que dice el gringo éste, ¿qué le paso a mi muchacho?*
- *Hija, tu eres una mujer fuerte, Efraín está muerto, murió como un héroe.*
- *No, no, no, yo le entregué a mi hijo porque me obligaron hacerlo pa' pelear una guerra que no es de nosotros. Y ustedes me entregan una bandera que no es la mía en lugar del cuerpo de mi hijo. Yo soy tan madre como cualquier gringa de esas, yo quiero a mi hijo vivo.*

Los gritos de doña Catana se oyeron hasta la plaza y el mar se estremeció de tal manera que parecía un tanque de guerra en plena batalla. Todo fue llanto en ese pequeño pueblo de la costa norte de la isla, Isabela, porque uno de sus hijos había muerto en la guerra de los gringos. Como si no hubiese sido suficiente dos soldados aparecieron para llevarse a sus otros dos hijos Manuel y William para servirle a la patria.

- *"Good afternoon, we want to speak with Mr. González"*
- *Pero, ¿qué es lo que ustedes quieren?*
- *"Please, call your husband".*
- *Hija, que llames a Manolo los soldados quieren preguntarle algo.*
- *Padre Elías, no me pueden llevar mis hijos si me acaban de entregar uno muerto. Son mis hijos yo los parí, ¿qué más quieren de nosotros?*

Manolo sale corriendo por la gritería que se formó en el barrio cuando los soldados gringos llegaron a su casa.

- *Hijo, estos soldados que tienen la bandera vienen a decirte que Efraín murió en batalla y éstos otros que tienen que llevarse a William y a Manolín.*
- *Pero, pero se volvieron locos ya me quitaron un hijo con qué derecho me quieren quitar los otros. No se ha derramado lo suficiente, la sangre de los hijos de esta tierra han cubierto de rojo la tierra de otros.*

La escena era desgarradora parecía como si el destino de esta familia fuera el sufrimiento, la muerte y la soledad. Manolo un español de seis pies de alto, blanco, ojos azules y pelo blanco se había casado con una mulata hermosa que lo había hecho inmensamente feliz. Pero, los efectos de la Segunda Guerra Mundial estaba destruyendo su familia y el futuro de los que quedaban vivos era incierto. Ante tal sufrimiento, Padre Elías se sentó con los soldados y les explicó que Efraín, hermano de Manolín y William, había muerto en batalla y si era posible que solo se llevaron a un solo hijo. Ellos le dijeron que solo recibían órdenes de superiores y que eso no era una excusa para pelear por la libertad de América.

Una nube espesa cubrió la calle Caridad y solo se divisaban las lágrimas de las comadres, las vecinas y la mirada pérdida de doña Catana. Era como si el mundo se hubiese detenido, como si a esos hombres y mujeres los separaba un abismo de sangre y muerte. La muerte rondaba el lugar y como si no fuera suficiente con la muerte de Efraín, en el aire se respiraba un olor a podrido era William se había ahorcado en el palo de mangó cuando se enteró de la muerte de su hermano Efraín y que los soldados se lo llevarían a la guerra.

Los soldados se llevaron a Manolín en medio de esa gran tragedia que destruyó a una familia mestiza que vivía bajo la libertad de un pueblo que con dignidad trabajaba la tierra. Pasaron los años y doña Catana, siempre vestida de negro, trabajaba arduamente la finca con su esposo y sus hijas. Una tarde mientras recogía la ropa sintió una punzada en el corazón y recordó aquella tarde como si los años no hubieran pasado. Recorrió las mismas casas como buscando una respuesta a su agonía con el temor de que la misma historia se repitiera.

Corrió a su casa y se puso un vestido blanco con la esperanza de que fuera una buena noticia. Se sentó en la escalera con sus comadres, Pilar y Clara a esperar. El cielo se tornó gris como si fuera una señal de que algo terrible estaba por pasar. A los lejos, se veía la sombra de un hombre alto con un bolso grande verde colgado de su espalda. El corazón de doña Catana se detuvo y le pedía a Dios que su hijo estuviera vivo, que las noticias que traía ese soldado fueran buenas. Y una voz a la distancia le dijo: Vieja, regresé.

- *Mírame estoy vivo mi viejita, deserté.*
- *Mi muchacho, gracias Señor.*
- *Hijo, mío que es eso que dices.*
- *Viejita, abandoné el ejército no podía seguir peleando una guerra que no era mía.*
- *Quizás me lleven preso pero este boricua no pisa el campo de batalla jamás.*

Celebraron junto a su familia y amigos el regreso de William como si fuera héroe nacional. Para doña Catana tenerlo a su lado era lo más importante y poco le importaba lo que pensarán los gobernantes de la isla y el ejército americano, al final como ella decía: "Esa guerra es de los gringos y ahí nosotros no tenemos na' que buscar."

Así, que cada 23 de septiembre se vestía de negro por sus hijos muertos, Efraín y Manolín, pero cada 20 de noviembre se vestía de blanco porque su hijo William desertó. Las madres de esa guerra batallaron con la soledad, el hambre y la ignorancia. La espera y la agonía de una noticia fue lo más terrible que doña Catana vivió, pero saber que los hijos de esta patria derramaron su sangre por las guerras de otros es la herida más profunda que los González vivieron. Los hijos de la libertad fueron los prisioneros de su tierra y los muertos de una patria ajena.

MENCIÓN DE HONOR

El Valle

Alondra Llompart Marrero

Hoy día, la niñez es vista como un pasado olvidadizo, sin embargo, la mía traspasa los umbrales de la medianía.

Cuando la vida era liviana sobre mis hombros, cuando el precio de la gasolina no le preocupaba hasta a los infantes, y en los días cuando la luz se iba y no se lloraba por falta de conexión, todo era posible y tangible. Recuerdo viajes a El Valle todos los fines de semana, ventanas abajo y el viento enredando mis gruesos e indomables cabellos. A veces viajábamos de día, a veces de noche, pero el plato de arroz con habichuelas y muslos de pollo fritos siempre me esperaba en la mesa de mi Mami. Aparte de la exquisita comida de mi abuela, brincar en la cama y ver las noticias tarde en la noche, no había algún tipo de entretenimiento lujoso, así que tuve que consultar a mi fiel mente viajera y mi espíritu libre.

Viernes, sábado, y luego domingo. El domingo era el día al que siempre ansiaba llegar. Este era el día en que nos montábamos en el carro y pasábamos por la parroquia y la plaza, finalmente llegando a la casa de mi bisabuela. Al salir del carro, el olor a café acabado de colar me llegaba como golpe, un golpe placentero. Mis ojos de niña lo abarcaban todo, cada visita como si fuese la primera. Los pollitos siguiendo a su mamá gallina, los gatos observando curiosamente entre las flores de mi bisabuela, y la colorida casa de madera reforzada solo en partes con cemento o aluminio. No existía nada más perfecto que ese lugar y los saludos calurosos acompañados por galletas de soda y café del viejo colador con los que me recibía. Todo era perfecto, pero siempre me quedaba sentada frente a la ventana que daba hacia el terreno de atrás de la casa esperando la llegada de mis rivales habituales, mis primos.

Mis primos y yo nos queríamos mucho, pero sabíamos que cuando estábamos todos en la casa de nuestra bisabuela, era momento de ir al terreno de batalla para dividirnos y conquistar tierras. El terreno tenía un árbol gigante y frondoso, con raíces que parecían querer tragarse toda la tierra. Hacia el norte, todo era un bosque lleno de misterios, el cual no había sido explorado por completo. Hacia el oeste, un prado color mostaza se extendía hasta el fin del mundo. El objetivo de cada bando era traspasar los límites del territorio del enemigo y llegar a las centrales del ejército del mismo, mientras protegías el tuyo propio. Mientras más territorio obtenías, conseguías más armas y poco a poco te apoderabas más del terreno de la casa de nuestra bisabuela hasta reinarlo. Eso es, si no traspasaban tus límites antes de apoderarte de todo.

Llegó el momento. Entramos al terreno de batalla por cercas de alambre. Luego de negocios que nos hacían parecer más sabios de lo que éramos, creamos nuestros equipos. Ésta fue mi primera batalla; ya no era jugadora de banquillo. Mis primos mayores ya me consideraban lista para el desafío. Me uní a mis primos

Andrés y Nicole, y reclamamos nuestro territorio: el árbol gigante y sus alrededores cercanos. Cada territorio venía equipado con soldados entrenados, los nuestros siendo gatos callejeros y patos del riachuelo, pequeños pero leales. Inspeccionamos nuestro territorio y recopilamos todas las posibles armas que nos servirían. Entre ellas, una sogá, aluminio, madera con clavos mohosos y piedras de río. Decoramos nuestras sucias ropas con hojas del gigante, prendas simbólicas de nuestra alianza. Dentro de poco, todos los relámpagos producidos en la historia se unieron para estremecer la tierra.

Andrés y Nicole se fueron a conquistar las tierras de mis otros primos, Elías y Yomar, y Alejandro y Gustavo. Mi trabajo era proteger nuestro territorio. Corrí hacia el árbol y me escondí atrás del tronco. Estaba sola y no podía ver si se aproximaba algún ataque enemigo. Subí el árbol. Veinte pies de altura y todavía no veía el tope. Llegué a la cabeza del gigante y miré. Miré a todos lados. En los límites de cada territorio había intenso combate. *¡Bang! ¡Bang!* Sonaban las espadas de madera contra los escudos con clavos mohosos. Bajé a los pies del gigante. Corrí hacia la sogá que estaba al lado de la cerca. Tenía que ayudar a mi camarada. ¿De qué me serviría esta sogá? Pensé unos segundos y... ¡claro! Excelente idea. Amarré un extremo de la sogá a la cerca y el otro al tronco del gigante. Agrupé a todos mis fieles soldados, los gatos callejeros. Nunca hubo una lluvia tan amenazante.

Gatos voladores. La sogá me sirvió como una honda para dispararle gatos con filosas uñas al enemigo. *¡Miiiiuuuu! ¡Ahgggggh!* Entre gato volador y grito doloroso, retrasaba cada vez más a los enemigos del prado, y avanzaba más mi primo Andrés. Él se adentraba más y más al prado mostaza occidental. Corrió por cinco minutos hacia las centrales del ejército enemigo. Después escuché el grito. Desde el gigante pude ver que Elías había atrapado a Nicole en el bosque, donde las telarañas adornaban y enredaban a todo lo que se acercara al oscuro verdor. Nicole le tenía terror a las arañas. Los soldados del bosque se estaban acercando más y más a nuestro gigante, a punto de conquistar mis tierras. Luego llegó Andrés, montando un brillante semental blanco del prado. *¡Bang! ¡Bang!* Andrés atropelló los enemigos con su fiero semental. Mientras mi primo y su caballo combatían a los soldados, decidí ayudar a Nicole. Para este trabajo, recluté mis otros fieles soldados, los patos del riachuelo. Uno, dos, tres. Izquierda, derecha, izquierda. Marchaban los patos hacia el río y cogían las piedras. Uno, dos, tres. Izquierda, derecha, izquierda. Marcharon los patos hacia Nicole. *¡Bum!* Las piedras volaban hacia las maliciosas arañas que enredaban cada vez más a Nicole. Mis fieles patos del riachuelo vencieron las arañas y desenredaron a mi prima con sus picos.

Volé. Volaba con mis adoloridas piernas hacia el prado, hacia las centrales del ejército enemigo, los establos. Mis piernas estaban en llamas, y mi garganta sedienta raspaba como papel de lija. Cada largo paso, más cegada con el fuerte color mostaza que se volvía violento para mis ojos. A diez pies de distancia descansaban los sementales en sus establos. Ocho pies... Seis... Cuatro... Dos... "¡MARIE!" Mamá. Volví al árbol del terreno de mi bisabuela para encontrarme con todos mis primos, sucios de pies a cabeza. Era momento de despedirnos y posponer

el gran final de nuestra batalla para la próxima visita a El Valle. Con mis llantos de niña y los despidos, se disipaba el olor a café acabadito de colar, se alejaban mis amigos felinos y el sol caía, pintando el cielo con un anaranjado intenso.

Cansados todos, viajábamos las estrellas ornamentando el cielo oscurecido, interrumpidos solamente por las luces delanteras del carro. Extrañaría esas estrellas al volver a la ciudad, y el olor a café, no de máquina, sino de colador. Tendría que esperar una eternidad para continuar mis aventuras y conquistas. Seis días. Lunes... martes... miércoles... jueves... viernes... sábado. Una eternidad. Hasta entonces, tendría que seguir consultando mi espíritu libre para pasar el tiempo. Hasta el día de hoy añoro nuestros juegos de niños en El Valle, en El Valle de Lajas.

MENCIÓN DE HONOR

UN INTERLUDIO NOCTURNO

Nathaniel Torres

La tarde va lentamente absorbiendo el día agotado que sigue desapareciendo del plano real mientras el joven llega a su residencia solitario, con falta de familia u otros residentes que acompañen al hogar. El sol va escondiéndose del mundo mientras sus rayos chocan con el horizonte. Antony mira por la ventana con agotamiento en sus ojos, ya casi tapados por sus párpados, y mira como los focos anaranjados de la calle contrastan con el azul marino del cielo emitido por la puesta del sol, y como la oscuridad de tinte garzo se margina contra las luces chinitas. Al entrar a su cuarto, la cara se le llena de relajamiento mientras empieza a recostarse en su cama, y con su cabeza entumecida y recostada a su almohada, mira al techo con su visión distorsionada, y se hipnotiza al ver las luces de la calle convertirse rojas, y cierra los ojos con facilidad.

Y abre los ojos con un coraje sutil, al despertar por una bofetada de un calor inesperado. Se sienta en su cama y pone los pies en el piso, al lado izquierdo de su cama. Agriado, verifica la hora en su *smartphone*, que tenuemente brilla con los números 8 y 35 separados por dos puntos. En su revelación, el enfado del muchacho lentamente se disminuye al mirar por la ventana, buscando la presencia de luz inexistente. Las calles se hacen pasar como sombras inmóviles en la noche, encubriendo sus semáforos con la ausencia de claridad, y reflejan al cielo que parece ser la causa de la sombra monumental. El mundo de afuera le parece inexistente, debido a la oscuridad que se come hasta las estrellas y no deja distinguir lo real por la noche. Antony suelta un suspiro de nerviosidad mientras mira fijamente al vacío a través de su ventana. La soledad es su única compañía en su cuarto, mirando a la oscuridad que es huésped en su casa, e igual de opaco como su presencia afuera.

El muchacho camina fuera de su cuarto, despacio y con cuidado debido a su ceguera. Intenta prender la luz del corredor pero no enciende. Al realizar la falta de electricidad, Antony decide bajar a la sala, el cuarto más amplio de su casa. Sus respiros se le ponen más débiles con cada paso que toma en su pasillo, y el tiempo entre cada uno se vuelve menos cuando los pasos se multiplican, por dos. Sus pasos se vuelven más grandes mientras camina hacia las escaleras, y escucha la otra pareja de pasos acelerar con más intensidad y cercanía. Antony baja las escaleras con rapidez y nerviosidad extrema, con los talones de sus pies bofeteándole a los escalones. Mientras gira a la esquina de la pared para bajar el siguiente tramo de las escaleras, se le escapa un alarido al ver la silueta de una persona dar pasos rápidos en el piso de abajo de manera inhumana y en forma circular. El extranjero se detiene al escuchar el grito de Antony, y lo mira fijamente en la oscuridad dando una sonrisa pavorosa con dientes blanqueados, sólo para girar hacia atrás a sentarse

en un sofá. Ya calmado, el extranjero le señala a Antony que se acerque al sofá con un gesto de la mano. Aterrorizado, Antony gatea los últimos escalones de las escaleras, temblando y con respiración problemática, y se sienta en el sillón que permanece frente al del extranjero.

Con postura encorvada, boca sin saliva y la cara húmeda del sudor, Antony se queda sentado en el sillón y mira al huésped no invitado que sienta frente a él, con postura derecha y confidente. Cuando por fin ligeramente maneja restaurar su respiración, inicia una conversación con el forastero:

–¿Quién eres? ¿Cómo entraste? ¿Qué haces aquí?– dice Antony con enfado inseguro, todavía tratando de recuperar el aliento.

–No me sé ninguna menos la última. De toda manera, mi identidad y mi método de intrusión es irrelevante. Lo más interesante es que viene un loco a matarte.

Ántony intenta de tragar un buche de saliva pero termina rascándose la garganta, y desea haber malentendido el comentario del extranjero. Se soba la frente con el dorso de su mano izquierda, e intenta de responder pero la lengua se le traba.

–No necesitas preocuparte –dice el forastero, ligeramente inclinando la cabeza mientras la sacude en negación–. Para eso estoy aquí. Te di las noticias para que puedas evadir tu desgracia, y es tu decisión si quieres hacer algo con esa información.

Al sentirse tranquilizado con el apoyo del forastero, las gotas de sudor bajan la cabeza de igual de relajante como una cascada. Usualmente, Antony no es muy crédulo, pero la oscuridad de su hogar, la presencia de un extranjero irreal, y el terror de la noticia parecen haberle cambiado la personalidad drásticamente. Con su choque de alivio, le responde al extranjero con un tono suave y cortés:

–Entonces, ¿me puedes ayudar a bloquear la entrada? –le pregunta mientras se levanta del sofá con postura defensiva e introvertida.

–Por supuesto.

Los dos se levantan de los sofás y trabajan juntos para moverlos. Antony empuja su sillón pegado al piso, emitiendo chillidos mientras las patas del mueble raspan el suelo, y el extranjero agarra el sofá largo por un extremo y lo arrastra mientras anadea de espaldas. Ambos se dirigen a la puerta de entrada, alta, ancha y amplia, compuesta de dos hojas de madera muy fértil, con fragmentos reemplazados por grandes cristales translúcidos. Antony llega a la puerta y coloca el sillón más pequeño frente a la puerta mientras espera que el otro traiga el sofá largo, y no puede dejar de notar lo fácil que se le hace arrastrar el sillón pesado, viendo como anda de espaldas sin mirar hacia atrás de manera muy corriente.

Al terminar de obstruir la puerta de entrada con los muebles pesados, vuelven a la posición de donde provienen los sofás y se sientan en el piso, ahora lleno de pelusa y sucio que permanecía debajo de los sillones. Antony saca su *smartphone* y mira a la pantalla, reflejando en los amigos con quienes se podría comunicar si tuviera acceso al internet y señal, pero la ausencia de ambos lo deja en

un estado de soledad y melancolía. El desvaneciéndose de la luz del celular lo despierta de su viaje, y aprieta el botón otra vez para ver la hora. Ya dos horas desde su despertar, Antony sufre un estado de desvelo ante una ansiedad oculta, a pesar de su tranquilidad relativa a la situación. El extranjero, testigo de la inseguridad de Antony, rompe el silencio con un comentario de sinceridad postiza:

–¿Algo te molesta? – dijo el extranjero, enseñando los filos cegadores de su boca.

–Tengo miedo. Siento que el día de mañana que yo había anticipado nunca vendrá. –le cuenta Antony, con nostalgia y desesperación en su voz temblorosa.

–¿Anticipado? No me mientas que yo sé la verdad. El *prom* de tu clase graduanda no te causa nada pero miedo. –le responde el forastero, con coraje en su voz.– Si lo que te preocupa es un baile, yo te enseñaré a bailar, pero sólo después de la venida del loco.

Antony, sintiéndose regañado, mira al suelo y sutilmente inclina la cabeza en acuerdo. El sudor vuelve a acumularse en su frente, y las gotas caen de su cara debido a su temblor que hacen que se deslicen más rápidos por su piel. Después de unos breves minutos de silencio, él mira a su alrededor. La puerta permanece sellada con seguro y obstruida por los muebles, y la vista por las ventanas sigue completamente negra, sin la intrusión de luz y con la ausencia de la luna o las estrellas. El vacío de afuera empieza a sentirse como un ser que se le queda mirando horripilantemente, mientras le recuerda la ausencia de la electricidad vital y la llegada anticipada de un hombre con deseos de carnearlo. Con la curiosidad atormentándole la cordura, Antony nerviosamente le pregunta al extranjero:

–Y este loco... –se interrumpe para respirar profundamente, y tragar lo único que tiene de saliva – ...¿por qué desea matarme? Realmente, ¿quién es?

El extranjero ríe, enseñando esos dientes blancos, como si le excitaba la idea del asesino.

–Raramente aparece. –dice mirando al piso como si estuviera reflejando en recuerdos abovedados–. Viste en mahones pegados y un *down vest* rojo fosforescente. Usualmente en noches sin electricidad, él guía en un carro en busca de víctimas. Un *mustang* color cian con luces delanteras rojas, y luces traseras blancas. Un nihilista sin valores, con un propósito de aniquilar y destrozarse carne humana con su hacha de fuego.

Antony se invierte en la descripción del loco, debido a que ya al saber exactamente qué es lo que viene por él, se alivia con la información que llena el vacío de ansiedad. Ya tranquilizado, Antony espera en el suelo del cuarto de la sala con el forastero, sabiendo que no va a dormir en cualquier momento. Perdiendo conocimiento del tiempo, aprieta el botón de su celular para chequear el tiempo. Ya son las once de la noche, y le incomoda el hecho de que ya falta solo una hora para el día de mañana, y se pregunta si verdaderamente podrá dormir después de tantas experiencias desafortunadas. A este punto, está tan cansado, que la desesperación no lo preocupa, pero sino lo relaja, y lentamente se deriva hacia al sueño.

Antes de poder dormirse, el extranjero le da un bofetón en la cara, tumbándolo de su posición sentada. Antony se despierta en instante perdiendo todo el sueño que ha podido acumular desde la llegada del intruso, y ve los dientes blancos del forastero, que aparecen crujidos en su estado de cólera y desesperación ante Antony.

–¿Por qué me haces esto!–le grita con un temblor en su voz que evidencia la pérdida de honestidad.

–¡Cállate! ¡Te estoy ayudando, malagradecido! –le responde el hombre con una furia intensa, confiscando su propia personalidad tranquila.– ¡No escuchas? ¡Está llegando el loco!

La desconfianza y decepción que siente Antony se le disminuye con cada latido del corazón. Al ritmo de su bomba de sangre, escucha un ruido monótono acercándose a la capacidad de la audición. Es un motor. Y se vuelve más y más alto con cada latido del corazón. Suena como un rugido. Un grito que cruza por las calles alumbradas por las luces neones del carro. Es como una sinfonía de terror compuesta por solo un instrumento, y es la muerte. El ruido aumenta inmensamente con su ritmo cardiaco. El motor quema cuanta gasolina puede haber para que el loco llegue a su destino con rapidez. El carro consume combustible y se satisface, pero el que guía le tiene envidia. Su sed inextinguible sólo se podrá satisfacer temporáneamente, con el destrozo de la anatomía humana, precisamente, la de Antony.

A pesar de lo que pensaba Antony, él no está dispuesto a morir. El sudor le enchumba el cabello y le lava la camisa. Se levanta del suelo y camina por la casa. No busca ayuda, porque sabe que no la obtendrá. Busca excusas, para no escuchar la música de la muerte inminente. Encuentra el baño del primer piso, y entra sin cerrar la puerta. Baja el inodoro que en vez de ahogar el ruido del motor, contribuye a su terror. Prende la pluma y moja las manos. Crea una copa con sus manos y se echa agua en la cara, agua que no parece caliente ni fría, porque el terror le ha quitado el sentido de la temperatura, y el único frío que va a sentir es el dolor. Se queda en el baño mirando fijamente a su cara por el espejo, cuyas características faciales están obstruidas por la oscuridad. Corto de respiración, con sollozos y gruñidos distorsionados por el agua en su cara, se da la vuelta e inclina la cabeza al suelo, y se aleja del baño buscando al extranjero quien es el único que lo puede acompañar.

En su horror, Antony, al pasar por la puerta, observa a los muebles separados de la entrada. La puerta está libre de obstáculos, sin barricadas. Suelta un llanto, y rápidamente intenta de mover los muebles para bloquear la entrada, pero se fatiga y vuelve a su estado aterrorizado. Con las gotas de sudor cayendo al piso, mira a través de los cristales translucientes de la puerta, y mientras la sinfonía monótona y ruidosa de la muerte se acerca, las pupilas de Antony se disminuyen en la presencia de la luz después de no haber visto una por casi cuatro horas. Pero no le da una sensación de esperanza o placer. Sino, pierde toda la esperanza posible, y cae en desesperación al saber que la luz que ve es la luz roja del *mustang*. Antony escupe

un grito mientras resbala, tratando de correr y alejarse de la puerta de la entrada. Mientras corre por sus últimos segundos de vida, saca su celular para chequear el tiempo, y al ver que sólo le queda un minuto para la medianoche, se le agota la batería de su celular. El muchacho corre por su casa, con resbalones y lloriqueos, buscando el extranjero. El motor del vehículo de la muerte parece trillar por una eternidad mientras reside frente a su casa, prendido, rugiendo, y bramando. Antony, por fin, llega a la sala, ahora alumbrada con el rojo de las luces del carro, pero no encuentra al extranjero. Después de gritar por él con una furia y desesperación inmensa, aparece a su espalda, pero no sonrío. La luz roja no parece tener efecto en su apariencia negra sólida y sus dientes blanqueados que, a través de la noche era su única luz, ahora no son vitales ya que Antony está rodeado por la iluminación roja que pronto decorará el cuarto en forma sangrienta.

–¡Por qué moviste los muebles? ¡Imbécil! ¡El loco me viene a matar! –Antony le grita a la cara del extranjero mientras tambalea y mueve los brazos incontrolablemente debido al terror y la ansiedad que lo ha poseído.

–¡Ya lo sé! ¡Tú no mereces vivir ésta noche! ¡Y yo quiero salirme de aquí!–el extranjero le responde incoherentemente. La ansiedad de Antony se acumula con el comentario eternamente misterioso del forastero, pero ya es muy tarde para contemplar valores.

Un sonido se añade a la orquesta de la muerte. La percusión de la sinfonía ligeramente sumerge en la obra de arte mientras el loco pateo la puerta de la casa. Y así, cae la puerta del frente. Una figura en contraluz para en la entrada con un hacha en la mano izquierda, y en este momento la sinfonía añade una trompeta horripilante, la bocina del *mustang*, que suena misteriosamente. El ruido monótono y desafinado de la trompeta le da una sensación de temblor a la sinfonía, junto con el chillido de la hacha arrastrándose con el pasillo y otra adición de percusión con los pasos rápidos y furiosos que apuñalan al piso con sus botas de cuero.

Antony cae al piso con piernas débiles mientras ve la figura del loco alto y fornido. Ya solo un metro lejos, el loco deja manchas y líneas de sangre en el piso con su hacha sangrienta y empieza a elevarla. La hiperventilación del joven cae en ritmo con la sinfonía, y a su sorpresa, una luz blanca ilumina a toda la casa. Proviendo del carro, la luz le brilla encima a la cara del extranjero quien está parado al lado del loco y se mantiene con una fija mirada hacia Antony, quien grita al horror que ha visto.

La cara del extranjero, ahora visible, es horripilantemente distrófica. La forma de la cara es encorvada como un saxofón y los ojos casi se le caen de la cabeza. Los ojos brotados y de tamaño inhumano, son de color crema sucio y sus pupilas negras casi microscópicas miran al alma del joven con malicia. La boca inmensamente grande, llena de andanas y más de cien dientes, están todos apiñados, blanqueados y filosos como cuchillos. Fuertemente cerrando sus ojos en su angustia, Antony aúlla y grita en voz horriblemente alta. Seguido por sollozos y gruñidos de agonía, Antony forma parte de la sinfonía de la muerte. Él es el último instrumento y finaliza la obra de arte del loco, una manifestación auditiva del terror.

Y de momento, la sinfonía termina. El terror, lentamente va despegándose del cuerpo de Antony, y empieza a sentir frío otra vez más. El sudor de la cara le baja por su nariz encorvada y cae sobre la lengua que asoma de su boca. Traga la gota, y nerviosamente abre los ojos. La oscuridad decidió terminar su visita, y las ventanas dan la bienvenida a un huésped nuevo, el amanecer. Antony, cubierto de sangre, irónicamente se encuentra sin tocar y carente de dolor. Luego observa como el cadáver del extranjero distrófico ya degollado, aplastado, abierto, absolutamente destrozado y enchumbado de sangre, duerme sobre el suelo con la figura del loco parado sobre él. El loco, con una sonrisa aliviada, mira a Antony quien recuesta en el piso, y dice:

–Si necesitas bailar, tienes que aprender. –le dice manteniendo su mirada fija.– Pero no se puede practicar con los demonios.

Luego el loco saca un pañuelo del bolsillo y se limpia la sangre del cuerpo y de la mano derecha, y la extiende en la dirección de Antony, ayudándolo a pararse. Los dos caminan fuera de la casa, y montan el carro *mustang* y esperan a que sea hora del *prom*. Ahí, en la luz ligera de la madrugada, Antony por fin logra dormirse en la presencia de la iluminación azulada del amanecer.

COMUNIDAD

PRIMER LUGAR

La pista
(Homenaje a Cortázar)
 Pedro L. Cartagena

*Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler,
 enteramente de un oro transparente carentes de toda vida pero mirando,
 dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y
 perderse en un diáfano misterio interior.*
Axolotl (1956), Julio Cortázar

En la película *El expreso de medianoche*, el protagonista decide avanzar en contra de las manecillas del reloj en un intento desesperado por romper el vórtice de seres ignotos que caminaban sin sentido en la dirección contraria. Recuerdo el filme pues frente a mí, por el carril número uno dedicado a los velocistas, casi tropiezo con un señor de mediana edad, de estatura y peso monumental que vestía de sudadera y pantalón de plástico gris, apretado por elásticos al cuello, en las muñecas y tobillos que seguramente contenían en su interior litros de sudor y sufrimiento. Aquel hombre, al que no conocía, intentaba caminar con entusiasmo forzado, tratando de retardar una muerte prematura por obesidad mórbida. Por alguna razón desconocida, caminaba en dirección contraria a las personas que cada mañana acuden a la pista sintética de atletismo para ejercitarse en busca de salud, mejorar su apariencia física o por otras razones que solo ellos conocen. En su rostro, enrojecido por el esfuerzo, distingo una mirada hostil, de resentimiento hacia todos los que inevitablemente circulábamos frente a él.

Por el carril número cuatro pasó trotando una joven de largas piernas escuchando la estridencia electrónica que fluía en alto volumen desde su dispositivo digital mediante finas arterias blancas que se hundían en su cabeza. Ella también dirigió una fugaz mirada al hombre que intentaba caminar con entusiasmo forzado, tratando de retardar una muerte prematura por obesidad mórbida. Saltó del carril cuatro al seis sin motivo aparente, pero al igual que yo creo que no quería encontrarse en la próxima vuelta con la terrible mirada del gigante que resoplaba como un toro a punto de embestir a su enemigo. Señoras con pamelas, con sombrillas y otras abuelas con ropa inadecuada para ejercitarse, también se fueron replegando hacia los carriles extremos junto a los dos veteranos de guerra que invariablemente caminaban despacio por el carril número ocho.

Continué mi jornada por el carril número dos, buscando quitar de mi mente la atormentada mirada de aquel hombre que intentaba caminar con entusiasmo forzado, tratando de retardar una muerte prematura por obesidad mórbida. En vano intenté pensar en otras cosas, en el trabajo, en las intrascendentes noticias de

la mañana o en las hermosas piernas de aquella chica que se alejaba cada vez más por ser atlética e inalcanzablemente juvenil. Pasé de largo a los veteranos del carril número ocho y me sonreí al escuchar el gallinero de las señoras con pamelas, con sombrilla y las abuelas en zapatillas que armaban un escándalo mientras caminaban y discutían sobre una mujer policía que tocaba la trompeta y se tragaba la melodía. Y en menos de lo que me esperaba, inevitablemente me acercaba al pobre hombre de mediana edad, de estatura y peso monumental que vestía de sudadera y pantalón de plástico gris. No quería volver a mirarlo, tampoco querría rehuirlo para no ofenderle en su miseria. Sabía que si no hacía un disimulado ajuste en mi trayectoria, pasaría demasiado cerca como para sentir el calor sofocante que seguramente emanaba, el olor cetrino de litros y litros de sudor contenido, pero peor aún, su penetrante mirada amarga que ya distinguía a la distancia.

Sin transición, ni sorpresa, vi mi figura acercarse en dirección contraria. Reconocí con envidia a un hombre esbelto, más o menos de mi edad, de piadosa sonrisa que contrario a los otros no hizo nada por evitarme. En el fondo sabía que me aborrecía, que odiaba que les mostrara a todos en que se podían convertir si abandonaban el culto al cuerpo. Seguramente detestaban mi peso monumental, la impertinencia de enfrentarlos cada mañana con esta horrorosa sudadera y pantalón de plástico gris que me asfixia sin remedio mientras intento caminar tratando de retardar una muerte prematura por obesidad mórbida. Entonces aquel que era yo, pasó a mi lado y comprendí.

TERCER LUGAR

El club de lectura
Nancy Debbs Ramos

Samuel está parado en la puerta con un ramo de margaritas en una mano y el libro de Raymond Carver en la otra. Lo invito a pasar antes de que se desmaye por el calor que hace afuera.

—Siento mucho lo de tu madre —me dice—. Podemos cambiar la reunión para otro día.

—No te preocupes —digo— siempre sucede algo.

Agarro las flores y las coloco en una jarra con agua. Luis y Alfredo nos miran desde el comedor. También ellos han traído sus libros de Carver, pero no flores. Alfredo llegó con un paquete de café en polvo y Luis con galletas dulces. Cuelo café en una media y les sirvo a los tres. El abanico de la sala apenas refresca.

—Rafa, el calor está endemoniado —me dice Luis—, ¿le tienes un aire prendido a tu madre?

—¿Estás loco? No puedo prender los aires. Hay otro abanico en el cuarto.

Alfredo me mira de reojo. Tomo mi libro, una libreta, y me siento a la mesa. Hoy le toca a Alfredo dirigir la reunión. Él comienza.

—No me gusta nada Carver. Es demasiado parco y da muchos rodeos. ¿Qué piensan ustedes?

—Creo que escribe lo esencial. A mí me agrada —dice Samuel—. Me identifico con sus personajes comunes, pobres o de clase media, aunque sea más intelectual que ellos.

Alfredo toma el lápiz y dibuja garabatos en la libreta de argollas que siempre trae. Es una línea curva que zigzaguea:

—¿Ven esto? —nos muestra el papel—; ese es el estilo de Raymond Carver. Da veinte vueltas antes de llegar al final y cuando termina nos preguntamos qué rayos quiso decir.

Arranco una hoja de mi libreta y dibujo otra línea.

—No —digo—, este es su estilo.

Los tres miran la hoja. Mi línea es recta de principio a fin.

—Solo habla de la trampa del sueño americano.

Mis amigos me observan en silencio desde sus sillas. Alfredo hace un gesto como si fuese a hablar, pero no lo hace. Más tarde dice por fin:

—El único que me gustó fue "Tanta agua tan cerca de casa".

—Ese cuento está brutal —dice Luis—. Cuatro tipos que acampan a pasos de una chica asesinada, y pescan, comen y beben sin remordimientos. Tardan tres días en avisar a la... —En aquella época no existían los celulares —interrumpe Alfredo.

—A mí me agradó el personaje de Claire. Me parece que ese incidente en el río es el inicio del fin de la relación entre ella y Stuart —dice Samuel mientras moja una galleta dulce en el café.

—Seguro que no —discrepa Luis—, la relación de ellos estaba muerta desde el principio. ¿No recuerdan la escena antes de que Claire supiera lo del río? Él la toca en la cama, ella abre las piernas y ya.

—Después siguen igual —digo yo—, nada cambia.

Recojo mi libro y leo en voz alta el final del cuento. Claire narra, refiriéndose a Stuart:

Añade algo más. Pero no necesito escuchar. No puedo oír nada con tanta agua corriendo.

—Muy bien —acepto, y termino de desabrocharme yo misma—. Antes de que venga Dean. Date prisa.

Cierro el libro despacio. Alfredo toma el papel en que dibujó la línea en zigzag y lo voltea. Traza otra raya. Esta es recta al principio, pero luego se divide en varias hasta el final de la hoja.

—Así son los cuentos de Carver: cada lector interpreta una cosa distinta.

Tomo el papel que arranqué anteriormente de mi libreta. En la parte de atrás dibujo un témpano de hielo. Trazo una línea horizontal debajo de la punta.

—Raymond Carver narra lo que está sobre la línea; a los lectores nos toca encontrar la porción del témpano sumergida en el agua —digo mostrándoles el papel.

—Como Hemingway —dice Samuel.

—O como Chejov —añade Luis.

—Exacto —asiento con la cabeza.

—¿Vienen a recoger a tu madre? —pregunta Alfredo mirándome.

—Todavía no.

Nos quedamos pensativos hasta que Luis brinca de la silla y se coloca frente al abanico. Me levanto, camino por la sala y prendo un cigarrillo. Me acerco a la ventana para fumar. El cielo está lleno de nubes gris cemento. Recojo las tazas y los platos. Meto las cucharas en un bol con agua y detergente. Friego la loza.

—¿Llamaste a su médico de cabecera? —me pregunta Alfredo.

—¿El del hospital público? Es como si no tuviese. Voy a llamar a la policía.

Recojo el teléfono y marco el número. Quieren saber la dirección; les digo Robles 68. ¿Hace cuánto tiempo?; no sé, un par de horas. Antes de colgar me informan que tardarán un rato en venir.

Prendo el televisor. Dan las noticias de la seis y anuncian lluvia. Al terminar las noticias cambio el canal para ver una película. Luis, Samuel y Alfredo están sentados en el sofá; yo en la butaca rota. Todos miramos la película.

Cincuenta minutos más tarde un agente toca a la puerta para tomar mi declaración. Después que se marcha llegan el fiscal y dos hombres con gorras de

beisbol, una de los Yanquis y otra de los Mets. Entran con la camilla doblada a recoger a mi madre. El fiscal me hace varias preguntas antes de pasar al cuarto. Dice que puedo quedarme con ellos o esperar afuera. Decido esperar fuera. La película en el televisor es de zombis. Mis amigos ríen y yo río; siempre nos han dado risa los zombis.

Ahora sacan del cuarto la camilla abierta. El cuerpo de mi madre está dentro de una bolsa negra. El fiscal pide más datos. Me levanto de la butaca rota y le digo:

—No tengo dinero para pagar ni el entierro ni la cremación. Quiero donar su cuerpo a la ciencia.

Firmo varios papeles que me entrega el hombre con gorra de beisbol de los Mets. Se llevan el cadáver en una camioneta gris mientras comienza a llover. Mis amigos se despiden. La próxima reunión será en casa de Samuel. Los tres se mojan porque ninguno trajo sombrilla.

MENCIÓN DE HONOR

Falso fondo

Guimazoa Miranda Hernández

A veces la miraba con curiosidad, como si no hubiera sido él quien la escogió. Sin embargo, nadie se la impuso; aunque tal vez, sí. A lo largo de la vida de manera solapada, a la gente se le insertan ideas en la cabeza de las que no pueden huir. Las aceptan como un credo irrefutable y se creen con derecho a abrirse paso entre la gente pedestre y monótona, exigiendo su final feliz. Así fue que con la misión de lograr una existencia plena muy probablemente sobrevalorada, Darío Montes seleccionó cuidadosamente a su esposa, Virginia. Ella llenaba todos los requisitos establecidos en el mercado marital del momento. Era tan adecuada para él que al conocerla, no le quedó otro remedio que concluir que estaba enamorado. Como él por su parte era tan perfecto como puede ser un hombre en edad reproductiva, cuando le propuso matrimonio, ella tampoco tuvo más remedio que contestarle que sí porque él la había enamorado.

Virginia era una de esas mujeres a la cual las otras miran de reojo, para no enfrentarse a su belleza con embeleso. Tenía un aire de reina egipcia que causaba admiración, realzado por su bien ganada reputación de supervisora estricta y circunspecta en la planta farmacéutica en la que se desempeñaba. Era inteligente, controladora y eficiente. Orgulloso de haber logrado conquistar semejante mujer como pareja, Darío se casó con ella a menos de un año de conocerla. Ellos afirmaban a todos que estaban viviendo juntos la mejor época de sus vidas y que eran muy felices. Al menos, tan felices como se suponía que fueran. Como era de esperarse un día transcurrió tras el otro y entonces el tiempo les pasó por encima. Fue tan rápido, que distraídos como estaban en sus vidas perfectas, al cumplir ambos cuarenta y cinco años se miraron y les tomó tiempo reconocerse entre sí. Pero más contrariados aun quedaron cuando al mirarse al espejo, no lograban encontrar en la cara que los veía de vuelta a la persona que siempre habían creído ser. El cumplimiento cabal de los roles asumidos, les deformó las facciones. Disimularon su asombro cada uno, no obstante. Continuaron empeñados en ser felices y en lograr cada objetivo pautado con sumo cuidado, en la agenda maestra de sus respectivas vidas. El espejismo de la felicidad en pareja se desintegraba, pero ellos sin perder la pose glamorosa del que se sabe en control de una vida con propósito, seguían adelante con el teatro. Nadie podía haber desentrañado la farsa magistral.

Aun así, uno de esos días en que Darío contemplaba a Virginia, le quedó revelado el fin de su mundo. Concluyó que Virginia no tenía imaginación. Darío había entendido que la felicidad es una ilusión y que su esposa era incapaz de crear algo tan fantástico. Consideró que a pesar de la perfección aparente de sus vidas, la felicidad junto a ella era imposible porque Virginia decía no creer en ficciones o en

mitos y tampoco le gustaban demasiado las artes o las dramatizaciones. Haciendo un esfuerzo por ignorar esta angustia repentina y continuar con su normalidad, él se acomodó frente a la computadora para escapar con su mente de aquel entorno. Revisó mensajes de correo electrónico y documentos importantes. Entre lo examinado, se topó con algo sorprendente. Tenía un mensaje que le había sido enviado hacía ya catorce meses y que de forma inexplicable nunca había leído. Al fijarse en el nombre del remitente recibió una sorpresa aún mayor. Quien lo enviaba era la chica guapa que cantaba poemas de Mario Benedetti y recitaba canciones de Sylvia Rexach guitarra en mano, en el oscuro y pequeño club de música al que acudían él y sus compañeros de trabajo ocasionalmente. Esa mujer incluso componía algunas canciones, que cantaba con melodía de boleros y tangos. Una vez hasta interpretó una sevillana a petición. Darío le había provisto su dirección de correo electrónico en una ocasión en que pasado de copas, se atrevió a decirle que pocas cosas hallaba tan atractivas en una mujer además de su aspecto, como el hecho de que ésta tuviera imaginación. Hay personas que no imaginan nada, son incapaces de crear. Esa cantante sin duda, no era una de esas. Por la noche en su casa junto a su esposa perfecta, él fantaseó con ella. Nunca imaginó que la cantante le escribiría.

Al día siguiente de haber leído el mensaje, él se armó de valor para responderlo. En el mensaje que le enviaba Rosario la cantante, ella le expresaba su agrado en haberlo conocido y lo invitaba a acompañarla en presentaciones artísticas que haría en otros lugares. Le decía que después de la función, podrían compartir un rato a solas para hablar de música y poesía. Darío sabía que esa oferta probablemente ya había expirado, pero igual intentó rescatar su buena suerte. La emoción que sintió al imaginarse pasando una noche a solas con la bolerista, le provocó una súbita reacción endurecida que se esforzó por domar. Anhelaba tanto sentir nuevamente la excitación que le provocaba descubrir una conexión humana desconocida, que sin pensarlo dos veces le envió un mensaje de respuesta con el propósito explícito de que se encontraran.

Una vez hecho esto mientras proseguía con sus tareas de escritorio, organizando papeles y correspondencia impresa, le llamó la atención un libro del escritor Julio Cortázar que se hallaba acomodado en la mesa de trabajo de Virginia, junto a sus libros de química. El libro que Darío examinó con extrañeza, estaba forrado de forma meticulosa con un plástico adhesivo transparente, que preservaba sobre la cubierta unas pegatinas infantiles de flores primaverales. La curiosidad lo venció y abrió el libro en la parte en que estaba marcado. La página vista por él, tenía resaltada cuidadosamente una porción del texto en tinta de color rosado brillante. La cita leía así: "Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio".

A Darío esa afirmación le pareció una revelación mística. Era la confirmación de que tenía que hacer, lo que estaba deseando hacer hacía tiempo. Aunque la cantante no le contestara, la iría a buscar de todos modos para acompañarla en su noche de bohemia. Pensar en esa mujer, le exaltaba la imaginación. Suponía que sería una fragancia intoxicante, la que destilaba su cabello rizado indomable, abundante y mullido; que más parecía la alegoría de un arbusto erótico femenino. No podía esperar a descubrir lo que guardaba ella debajo de su vaporosa falda agitanada de volantes coloridos. Transcurrieron varios días sin que se recibiera respuesta de la cantante. Un buen día entonces preso de la ansiedad, Darío inventó un compromiso laboral que lo retendría hasta tarde esa noche fuera de su casa. Así evitaría confrontaciones innecesarias con Virginia. Estaba decidido a buscar esa noche a Rosario y tener intimidad con ella. Su esposa, respetuosa como era del trabajo del marido, no mostró reparo alguno a la ausencia anunciada para esa noche.

Como planificado, Darío llegó de forma imprevista al lugar donde la cantante embujaba con su música a los asistentes. Luego de un par de canciones, aprovechó un receso para acercársele. Ella lo recibió con un efusivo abrazo, como si lo estuviera esperando. Luego del saludo inicial, quedó entendido en el aire que esa noche se descubrirían. Que la curiosidad que se les había desatado por la historia de vida de cada cual, una noche de bohemia, culminaría pronto saciando la curiosidad que también se les había despertado por el sabor de la piel de cada uno.

Al terminar la presentación musical, Darío y Rosario compartieron una cama improvisada y pasajera. La cantante del cabello alborotado, era una tormenta furiosa de sexo y alegría. Él recordaría ese momento como la experiencia más parecida a aquella vez, en que su hermano mayor lo entrampó para subirse a una montaña rusa cuya velocidad y piruetas súbitas casi le ocasionan un infarto al principio, sólo para dejarlo luego adicto a la sobredosis de adrenalina que le hacía volver por más. Ella pareció satisfecha con la manera en que él respondió al encuentro y se despidieron serenos, con más risas que cansancio.

Poco después de la media noche, Darío regresó a su casa. Le resultó extraño que a tan avanzada hora, su esposa no estuviera allí. Ella no había avisado que saldría y nunca estaba fuera de su casa sola, hasta tan tarde. Él no pudo evitar preocuparse y comenzó a llamarla a su teléfono móvil, pero sólo contestó la grabación del buzón de voz. Le dejó un mensaje intentando no parecer muy preocupado. Se preparó para acostarse y al reposar en su cama, tuvo una extraña sensación de soledad que nunca había experimentado en su vida adulta. Estando en ese momento solo, con la cabeza sobre su almohada y en su lado de la cama, Darío sintió claramente cómo se disipaba el efecto intoxicante de la euforia vivida unas horas antes. Le quedó en la garganta el regusto melancólico de los amores furtivos. Se le instaló en los ojos la mirada desorbitada del que corre livianamente un terreno plano a la velocidad de un rayo, sólo para quedar perplejo con la insoportable pesadez de la quietud final, al llegar a la meta. Trató de conciliar el sueño luego de dejarle un segundo mensaje a Virginia, sin recibir respuesta. Se revolcó en la cama

por una hora más, hasta que se durmió. Cuando la alarma del reloj despertador sonó a las seis de la mañana, despertó sobresaltado y no podía creer que su casa aun estuviera sola. Esa noche, su esposa nunca llegó.

Darío revolvió la casa matrimonial en busca de alguna pista que le permitiera contactar el paradero de Virginia. En el suelo detrás de un sofá de la sala, encontró un tipo de mordaza preparada con una banda elástica que le inquietó. Pensó que tal vez a su esposa la habían secuestrado y sin éxito la trataron de amordazar. Rebuscó gavetas y cajas, hasta que en el fondo de un armario con la ropa de ella, halló una ropa íntima femenina de tela negra casi transparente con flecos y cintas de colores que nunca había visto. En el mismo lugar había un cable de recargar el teléfono móvil, de un modelo que no era el que ellos usaban. Extrañado por el hallazgo, regresó al gavetero de ella. De allí sacó piezas de ropa, medias de nilón y bolsitas de tela con esferas de olor. Al vaciar el interior de la gaveta que más cerca del suelo quedaba, notó que el fondo de ésta parecía menos profundo de lo que debería. Tocó con más detenimiento el interior y descubrió en esa gaveta un falso fondo. Al retirar el panel que disimulaba el fondo real de la gaveta, halló variedad de cuerdas, sogas y amarres de diferentes tipos de textura, longitud y grosor. Algunas tenían pequeños remaches metálicos puntiagudos adheridos. Darío perdió el equilibrio y fue a caer de espaldas en el suelo de su habitación matrimonial. Regados por todas partes, yacían los amarres y sogas de una persona desconocida para él, que al parecer había compartido su mismo dormitorio por casi veinte años.

Desconcertado por lo que había hallado y preocupado por la ausencia de su esposa, se vistió lo más rápido que pudo para salir a buscarla en cualquier lugar imaginado. Luego de dejarle dos mensajes más que ella nunca respondió, ya le asaltaba el pensamiento de que el asunto de la ausencia de ella era grave. Mientras se amarraba los zapatos con prisa para salir a buscarla, escuchó que tocaban a la puerta. Darío se asombró de que alguien estuviera procurándolo en su casa a una hora tan temprana. Corrió a abrir la puerta. Era un oficial de la policía que se identificó como agente de homicidios. Le preguntó si él era el arquitecto Darío Montes, a lo que éste contestó que sí con un gesto de autómeta. El policía le pidió que se sentara, pues tenía que hacerle un par de preguntas sobre su esposa. El esposo ya estaba impaciente, necesitaba saber qué estaba pasando. ¿Por qué razón había un agente de homicidios en la sala de su ordinaria casa, preguntándole sobre su perfecta esposa en un mañana tan cotidiana como esa? El policía le pidió que se tranquilizara y le dijo con lentitud que lo que tenía que comunicarle no era fácil de decir.

Darío comenzó a sentir que las manos se le ponían frías y las piernas le temblaban. El policía procedió a explicarle tan piadoso como pudo, que a su esposa Virginia la habían encontrado en la habitación de un hotel de la ciudad esa mañana. Su cadáver yacía solo dentro del dormitorio, pero todo tendía a indicar que había estado acompañada por otra persona cuya identidad y género aún se desconocían. La división de homicidios fue activada por las circunstancias sospechosas en que se

encontró el cuerpo. El policía sin embargo, siendo franco y basándose en la experiencia de casi treinta años examinando escenas de muerte y cuerpos desolados, aseveró que casi podía asegurarle que lo ocurrido en esa recámara de hotel no había sido un homicidio. La manera en que estaba ubicado el cuerpo sobre una gran mesa en la habitación de lujo ocupada y la presencia de unas sogas, cintas y otros artefactos de uso en prácticas sexuales de "bondage sex", no le dejaban duda al policía. La muerte le sobrevino a la esposa en una práctica extrema de sexo con ataduras y amarres, que salió mal. La idea era aumentar el placer sexual, no quitarle la vida; pero algún error de cálculo provocó la tragedia. Su cuerpo parcialmente desnudo, sólo estaba cubierto por un tipo de vestimenta cuyos pedazos de tela dejaban en exhibición los genitales y el pecho. Tenía ligaduras y amarres sujetándole las extremidades al torso y una atadura al cuello. A su vez, su cuerpo quedaba inmovilizado por correas conectadas al techo.

En fin, indicó el policía al devastado marido, hay que tener una buena dosis de imaginación y fantasía para involucrarse en la práctica de esos ritos sexuales extremos. Más aun, considerando que podría haber estado intimando con una persona desconocida. "Mis condolencias, señor Montes", añadió el policía.

MENCIÓN DE HONOR

Ruta al río Mara Pérez Robles

Voy en ruta al río. Si existiera un paraíso terrenal de seguro luciría como el Jabur. Allí conocí a mi sadik, un hombre de piel cobriza y sonrisa cándida que se conmovió ante la compañía de mi soledad y quizá también —por qué no decirlo?— ante mi lastimera figura. Lo usual: costillas marcadas, hambruna a cuestras y chubascos en la mirada. Existió el día en que escuché el canto de las aves, la risa de los niños y la melodía del laúd, hasta aquella mañana en que alguna quimérica bestia levantó mi cuerpo en el aire para irlo a estrellar contra una peña enlodada, contra un fragmento de tronco, contra un suelo árido. Esa fue la primera vez que estuve de cerca a la muy maldita. No sería la última. Para cuando volví en mí ya no oí más. Desde ese recoveco de mundo me tocó contemplar por la rendija de mis ojos desmallados algún par de madrugadas, imposible precisar cuántas debido a los lapsos de inconciencia. Tan pronto me fue posible sostener en pies mi existencia, me dirigí al río, oasis de agua fresca y trigo, donde lo conocí a él, donde él me conoció a mí. Donde nos conocimos.

Hoy camino sin compañía al Jabur, casi casi en las mismas condiciones en que hallé mis huesos en aquella bendita y gloriosa mañana. A través de este recorrido, en ocasiones he sentido que el medio día amenaza con despellejarme los halos de fortaleza. La casa de mi sadik era acogedoramente perfecta. Me llamó mucho la atención el bouquet de flores secas color hojarasca dentro del jarrón blanco que servía de centro de mesa para aquel comedor que nunca pisé. Él jamás comió allí, ni una sola vez si quiera. La muñeca de tela amarillenta, que descansaba sobre la repisa de la modesta sala de estar, tampoco se tocaba nunca. Ninguna de las dos cosas me llamaban por mi nombre (si es que alguna vez tuve uno), sin embargo reconozco que permeaba cierto aire de romanticismo nostálgico en aquel par de trenzas de lana color azabache y en aquellas, algún día florecillas de ribera, desdentadas de sus pétalos.

A veces la fatiga deja de sentirse cuando se caminan eternidades. Traigo mucha hambre, mucha sed también. Me desvié del camino con la esperanza de que la señora, vendedora de baklavas que me sonreía mucho y parecía amar al sadik en silencio, estuviera allí. Pero en el día de hoy las calles están desiertas. Aparentemente las quimeras también se pasearon por aquí, y van dejando su amarga huella. Bajo algunos escombros de trozos de ciudad se asoman manos desmayadas a las que la calamidad les había truncado el vuelo. Manos arrugadas, manos callosas, manos delicadas. Manitas.

Las tardes junto a mi sadik eran muy diferentes a este lugubrisimo y caótico paisaje que hoy mi par de ojos contempla. No tardé mucho en comprender que no éramos tan diferentes ese hombre y yo. Poco a poco me fui convenciendo de que al darme albergue, no era tan grande el favor que me hacía a mí como el que se estaba haciendo a él mismo. Yo lo acompañaba a cosechar el trigo en las mañanas; él me llevaba a contemplar las puestas de sol desde el tejado. Ninguno de los dos le pedíamos mucho a la vida: despertar uno al lado del otro en aquella humilde cama de ordinarias, coloridas y gruesas telas era más que suficiente, al menos mucho más de lo que alguien como yo, en su vida, hubiese alcanzado a soñar.

Esa mañana él salió sin mí a la calle. Regresaba del mercado con una buena ración de baklavas en su pañuelo, el que algún día fuera color malva, con él solía proteger las provisiones de los insectos. Inmediatamente inferí que se había visto con Raziya. Ella derramaba luciérnagas de la pupila cada vez que él se allegaba hasta su mesa; él ondeaba a media asta sus párpados morenos, privándola así de sus faroles prietos. Yo solo observaba en silencio. Nunca había sido un secreto para mí que no viviría mucho, y después de tantos años al lado de mi sadik, comprendía que mi tiempo se agotaba. Confieso que la idea de saberlo al lado de ella me emocionaba, pero mi viejo ermitaño era demasiado celoso con sus intimidades y con sus espacios, demasiado discreto con un dolor que llevaba atorado detrás de las costillas, el cual yo nunca pude ni tuve la intención de develar. Solo me dejé amar y él no aceptaba a nadie más en su vida que no fuera yo.

Nunca olvidaré aquel crepúsculo que auguraba un sinfín de estrellas y que traía promesas de serenidad para nuestro reducido hogar. Mi sadik pareció percibir algo que provenía desde la misma boca del estómago de la clara noche. Interrumpió la lectura de su libro. Levantó el rostro en dirección al techo de aquel tercer piso en que habitábamos. Parecía intentar agudizar su intacto sentido de la audición. Yo también levanté mi cabeza —previamente me disponía a dormir—. Lo observé con un par de signos de interrogación estampados en los ojos. Él no me miró. Al cabo de unos segundos de inspección auditiva de su parte y de inspección visual de la mía, se reincorporó completamente en las finas hojas del libro que llevaba ya un par de noches devorando, gesto que fue más que suficiente para hacerme sentir en la plena confianza de volver a cerrar mis ojos y dormir. Una brisa inclementemente helada me despertó al cabo de un rato; vaya nadie a saber a qué horas fue eso. El cuerpo de mi sadik no ocupaba su lado de la cama. Le ordené a mis ojos que lo buscaran. Fue cuando me percaté de la realidad inverosímil de que ya no existía pared lateral. El sadik yacía en el suelo derramando minutos escarlatas. Su cuerpo mutilado quedaba justo al frente de aquel colosal agujero, que seguramente era obra del gran monstruo de fuerte pisada. Busqué su proximidad, mas él parecía rechazarla. Noté también, por sus ademanes, que me gritaba y me ordenaba salir corriendo. Me rehusé a hacerlo. Prefería buscar refugio en la concavidad de su pecho, el cual ahora respiraba con una cadencia irregular, pero seguía sintiéndose como hogar, seguía oliéndome a seguridad. A decir verdad, aún sigo sin poder

entender bien lo que allí pasó, lo único de lo que me queda total constancia hasta estos soles, es de esa sensación de impotencia que me embestía el alma. Yo solo recuerdo que él seguía insistiendo en apartarme de su cuerpo, me empujaba, me intentaba decir que huyera de allí. Muy pronto comprendió que yo no haría tal cosa. Creo que fue entonces cuando decidió rodar sobre su propio torso hasta el abismo de lo que hacía apenas unas escasas horas había sido la puerta que daba hacia el pequeño balcón. Poco pude hacer yo por detenerlo. No miró hacia atrás. Se me desprendió de la mirada. No sé si gritó... Caminé.

Mentiría si brindara un conteo de los días; no existe noción del tiempo para mí, solo me dejé guiar por el pesado y latente deseo de llegar hasta aquí. No he probado bocado desde que salí más allá del polvo ensangrentado, levantado en medio de esta vorágine, por el coletazo de la quimera que avanza entre un mar de huesos tiznados y de pestilencia. La ribera no tiene flores; el río está seco. "¡Ay de mí", pensé, "Entre mis pisadas se paseaban las muertes". Me dispongo a retomar, aquí mismo en esta comisura cuarteada de río, el sueño interrumpido aquella fatídica noche. Doy siete vueltas en el mismo sitio para enroscarme en mí. Me tumbo en el pastizal seco. Lamo la pata izquierda, que ignoro cuándo o cómo me lastimé, y lanzo un aullido agudo a la luna capaz de estremecer al silencio. Nunca esperé oírme, tal vez, solo fue un intento de firmar el final de mi breve historia en el firmamento de esta noche roja que me observa expirar.

MENCIÓN DE HONOR

El sonido de la oscuridad

Por: J.A. Zambrana

Adrián Zambrana

Una nube de humo arropaba la habitación, mientras las teclas sonaban como si alguna vida dependiera de ellas. Sentado frente a una ventana que mostraba la oscuridad de una siniestra noche sin luna, un hombre escribía apresurado; con determinación y demasiada urgencia. Tenía unos cuarenta y cinco años, pero las señales de cansancio lo hacían lucir mayor y enfermo; en especial las tétricas ojeras, como golpiza de boxeador, que aprisionaban sus ojos verde sativa. Era evidente que llevaba horas, tal vez días, confinado en ese opaco espacio; su templo de paredes azul plomo y amarillo añejo por el tiempo; donde conjugaba sin éxito sus sueños y lamentaba sus miserias. Escuchaba siempre la misma compilación musical, una disonante mezcla de Soda Stereo, Julio Iglesias, Frank Sinatra y los Nocturnos de Chopin, y de tanto en cuando un poco Tom Petty y los Heartbreakers para avivar el ánimo y despertar los númenes con algo más rockero.

Encima del escritorio, al lado derecho había un cenicero con un cigarrillo encendido y docenas de colillas y cenizas que se desbordaban y expelían un hedor que podría evocar imágenes cancerígenas. Al lado izquierdo, en perfecto desorden: lápices, plumas, marcadores de distintos colores; una taza de porcelana negra y residuos de café con temperatura de cadáver de morgue. La habitación estaba mal iluminada, las paredes tenían impregnado un persistente olor a humo de cannabis y nicotina, que desafiaban hasta el más burdo olfato. Regadas por todas partes, incluso encima de los muebles, había cajetillas de cigarrillos, latas vacías de cervezas y bebidas energizantes. Además, esparcidas por el piso, decenas de bolas formadas de papeles escritos con ideas desechadas; tan inútiles que no llegaron a ninguna parte, ni siquiera al bote de basura al otro extremo de la desgastada estancia.

Su apresurado ritmo fue interrumpido de golpe por un mensaje escrito que apareció en medio de la pantalla, una advertencia que decía: "CUIDADO: Su máquina será atacada por un peligroso virus". Sin darle mayor importancia, el hombre sonrió con seguridad y continuó trabajando, sabía que su programa antivirus era el último del mercado, de los "money back guarantee", esos que aseguraban protección contra cualquier microbio infeccioso digital que merodeara en el ambiente cibernético.

Estaba entusiasmado, el texto era perfecto y corría con ligereza, jamás sus letras habían discurrido de esa manera. Durante muchos años lo sacrificó todo para tratar de encontrar la voz de su arte, y al fin sucedía. Oprimía las teclas con violencia, sus dedos volaban como poseídos, nunca antes había experimentado una motivación similar; se pensaba en la gloria, en un paraíso de sagacidad y creación

prolífica, reservado sólo para los grandes, y estaba seguro que su grandeza quedaría demostrada con ese trabajo.

Dos minutos más tarde, apareció un nuevo aviso idéntico al anterior, y la reacción fue la misma; la confianza que tenía en su protección cibernética era total. Escribía el trabajo más importante de su vida, su primera novela, la única; la que lo llevaría a lo llevaría al Olimpo de los maestros, y no tenía tiempo para preocuparse por ese tipo de asuntos técnicos menores. Estaba embriagado por una musa especial que no quería interrumpir, ya que temía que nunca regresara. Cinco minutos después, el tercer aviso. Ese era distinto, una ventana de letras rojas y azules, que cubría la totalidad de la pantalla. Parpadeaba en tonos de amarillo y decía: "PELIGRO REAL Y VERDADERO: UN PODEROSO Y MORTAL VIRUS, ESTÁ A PUNTO DE INFECTARLE. GUARDE TODA LA INFORMACION EN USO, APAGUE SU COMPUTADORA, DESCONÉCTELA Y ALÉJESE DE ELLA A MÁS DE QUINCE PIES DE DISTANCIA".

"Impertinentes de las compañías y sus monopolios", pensó mientras se llevaba el cigarrillo a la boca. *"Como me toca los cojones ese bombardeo con publicidad engañosa para vender productos que no necesitamos"*, murmuró entre dientes y humo, después de liberar una larga bocanada que opacó más la habitación.

Si se detenía en ese momento perdería esa línea de inspiración especial, que fluía como el agua de una enorme cascada y que a través de sus dedos, caía a borbotones en el texto. Estaba realmente convencido de que una verdadera obra de arte sería el resultado de su esfuerzo; sentía euforia y su corazón latía como si quisiera romperle el tórax.

La computadora se apagó de pronto y el escrito desapareció. Una corriente con fríos calambres, y cargada de emociones pesadas se paseaba por su cuerpo; la respiración se agitó al nivel de la asfixia, la cabeza le empezó a doler y el corazón latía más rápido. Una vida, años de trabajo acababan de desaparecer en la negrura de un monitor sin energía. La razón lo abandonó y dio paso a un trance hipnótico de horror. En el estupor de su inconsciencia, la máquina pareció encenderse, otra nota en la pantalla que decía: "ÚLTIMO AVISO, PELIGRO REAL, VERDADERO E INMINENTE: UN PELIGROSO Y PODEROSO VIRUS, ESTÁ A PUNTO DE INFECTARLE: ALÉJESE DE LA COMPUTADORA TAN RÁPIDO COMO LE SEA POSIBLE, NO HAY TIEMPO PARA MÁS".

Todo era confuso y la inmensurable tensión que sentía se apropiaba de su aliento, le causaba vértigo y dolor en el lado izquierdo del cuerpo. No podía pensar con claridad, todo lucía irreal; un sueño borroso de imágenes inconsistentes. En medio de su histeria se dijo: *"Tengo que salvar la novela"*.

No había terminado su pensamiento, cuando vio el mensaje desaparecer y la pantalla hacerse más y más brillante; un destello lo deslumbró con tanta intensidad, que le quemó las retinas. Un tenaz impacto eléctrico, que parecía provenir de una de las teclas que oprimió, recorrió su brazo izquierdo desde la mano al hombro, paralizándolo del todo. Jadeaba, luego vino una tos ronca, áspera, como si una lija

pasara por la garganta; un espasmo bronquial con ráfagas de angustia y desquicio inminente, y también un agudo dolor que comenzaba a latir en pequeñas punzadas, que se acumulaban como alfileres en su pecho. Pero no podía alejarse del computador hasta guardar el documento que lo elevaría a la inmortalidad literaria; la obra cumbre incompleta. Era todo lo que había escrito, lo que hacía la amargaba más la situación, y elevaba su diastólica como un cohete con extra fulminante.

Un segundo después de presionar la tecla que creyó que rescataría lo escrito, apareció en el centro de la pantalla, algo que parecía una anguila, un enorme gusano sacado de una escena de un juego de video surrealista; tan largo como un brazo y parecía estar hecho de luz. Era una masa de intensos destellos multicolores en los que predominaba el verde, cegadores por momentos. Tenía una larga aguja en la cola, similar a una ponzoña de escorpión. Comenzó a salir del monitor, parecía arrastrarse en el aire; de pronto dio un salto y cayó sobre el pecho del hombre. Se miraron fijo por un instante, los ojos del insecto luminoso, eran relucientes espejos; el escritor pudo verse con claridad en ellos, vio décadas, parchos de vida remendados con arrugas de amargura. Con tristeza recapituló el tiempo perdido, observó su rostro reflejado y su expresión de temor, de dolor y muerte, en el momento que la alimaña le clavó el aguijón en el pecho. El torso se encendió como si lo hubiese inyectado con luz; después la extraordinaria criatura se arrastró cuerpo arriba y se metió en la boca del hombre, ahogando los gritos de dolor que profería. La estela de neón corrió por la garganta, se veía a través de la piel, la pareció pintó de colores fluorescentes, como si el cuerpo se hubiese llenado de fuego; como una enorme lámpara incandescente que hacía movimientos bruscos. La sangre se le fue a la cara y las pupilas alcanzaron su máxima dilatación; el aire no llegaba a su destino y la respiración se hizo imposible. La corriente aumentó, pasó del brazo al pecho y terminó en el corazón, deteniéndolo de un doloroso tirón, que mató al escritor antes de que pudiese salvar su obra.

El cuerpo sentado, con los ojos en blanco y la boca exageradamente abierta, fue hallado por su esposa, que pegó un grito de angustia y zarandeó el cuerpo por varios minutos, rogándole a su Dios que sólo fuese un pesado cansancio. Después de un largo momento de confusión, impresionada y con manos trémulas por el susto, llamó de inmediato una ambulancia. Los paramédicos llegaron junto a la policía, pero ya no había nada que hacer. Durante la autopsia, el médico forense determinó que la causa de muerte había sido un infarto cardíaco masivo, que según las pruebas de laboratorio realizadas, fue causado por una repentina alza en la presión arterial, tal vez producto de un fuerte evento de tensión, de algún mal rato o temor. Un caso muy común, excepto por un detalle. Una particularidad que ocupó por mucho tiempo la mente del viejo doctor forense, quien con todos sus años de experiencia en el campo de leer e interpretar cadáveres, y quien a pesar de realizar todas las pruebas y laboratorios requeridos por su profesión, nunca pudo explicar una extraña marca, una gran roncha roja en lado izquierdo del pecho del occiso, muy similar a la picada de un insecto, pero debido al enorme tamaño de la llaga, descartó por completo esa posibilidad, ya que le pareció ilógica, descabellada y absurda.

Semanas después del incidente, con esfuerzo de luto y sabor a pérdida en la boca, la esposa trataba de limpiar y disponer de la basura y objetos inservibles (que eran muchos) que cubrían la habitación. Era asistida malamente por su hijo mayor, que entraba y salía para evitar el recuerdo del padre. Mientras se abría paso entre el hedor a nicotina y las obsesiones y malos hábitos del esposo, sin intención tocó con un codo la computadora; de inmediato el monitor se encendió, había en la pantalla un documento que había visto antes. Al leer, de inmediato comprendió que se trataba de aquella novela, comenzada muchos años atrás; la revisó, no sabía que estuviese terminada. En pocas horas la leyó desde la primera palabra, sin detenerse hasta terminar. Era una historia humos, locuras, leyendas; las divagaciones de hombre llamado Ignacio, que herido de amor, muere de formas diversas. En una de las escenas, Ignacio, ansioso por morir, le cuenta a una mujer vestida de negro, que imagina ser asesinado por un misterioso virus que descubre por accidente, y que le es transmitido a través de la computadora; una especie de insecto electrónico creado por una agencia de inteligencia, utilizado como asesino teledirigido. Según la narrativa, parecía hecho de electricidad y fuego, y mató al personaje con una estocada mortal en el pecho, propinada con un agujijón similar a un rayo láser. De primeras la cautivó, la pareció genial, novedosa y escrita con excelencia; pero se juró erradicar ese pensamiento de su mente, ya que detestaba lo que esas letras representaban.

Eran sorprendentes las similitudes de aquella escena, con la forma en que encontró el cadáver de su marido. Pero, eso no evitó que llegaran a su mente, con el ardor seco de una bofetada, las imágenes de las eternas y largas noches de su esposo posado como autómatas frente a ese documento; horas perdidas sin nada que escribir, observando una pantalla vacía, seguidas por sus desesperos y frustraciones al no poder completar esa fatídica historia. Recordó los tristes momentos de soledad, tantos, en que se mojó en deseos y se ahogó las ganas, ya que a la hora en que se repartía la pasión en la alcoba, el hombre sólo tenía vigor para la novela. Nada de compartir; ninguno de los recitales de violín de la niña, se recordó sola en los partidos de ajedrez y obras de teatro del mayor; *"todo por culpa de esa pila de palabras sin sentido"*, decía. Hasta ese momento creía que su esposo había muerto mientras trabajaba en ese *"pedazo de ficción para adolescentes, hasta el título me parece ridículo, no sé cómo la finalizó"*, se decía sin creerlo. No pudo contener las lágrimas de dolor y despecho. Lloró por esos recuerdos de tiempo perdido y amor alienado, culpó a la novela por su desgracia, por su soledad, y le dictó sentencia de pena mayor e inmediata. Cerró el documento y apretó la tecla para lanzarlo al zafacón virtual, se aseguró de haberlo eliminado por completo y apagó la máquina. No sabía con certeza si castigaba en serio la novela, o si era su esposo el castigado por años de carencias de todo tipo. Le dijo a su hijo que le pediría a algún familiar que se hiciera cargo de ese patético trabajo de limpieza post funeraria, y se marchó. Al caminar hacia la puerta, no se percató que el cable de la computadora, estaba desconectado de la toma de corriente en la pared de amarillo añejo.

Más tarde, cuando todo era ausencia y la habitación se cubrió de sombras, el cable seguía desconectado, y el computador se encendió otra vez. La luz iluminó el desorden, todavía quedaban colillas de cigarrillo y muchas ideas de papel en el suelo; en medio de la pantalla, estaba el documento previamente erradicado, que reaparecía desde las profundidades de un camposanto digital. La Novela, que como si tuviera vida propia, invitaba a ser leída y parecía sonreír con maldad a través del brillo y los destellos del monitor; se podía leer el título en profundas negritas y bastardillas siniestras: ***El sonido de la oscuridad. Por: J.A. Zambrana.***

MENCIÓN DE HONOR

La cueva de Ares Ernesto J. Laboy García

El hombre estaba en aquel solitario cementerio, una hora antes de que cerrara. Las tumbas lo miraban infinitamente. A lo lejos, se escuchaban armonías extrañas, pero asimismo como el viento las traía, se las tragaba. El hombre miraba la tumba de su mujer fallecida. Casi cinco años han pasado. Una neblina arropaba todo aquello como un manto transparente. Con dificultad movía las flores al frente de su tumba. Eran flores rojas, amarillas y violetas, que coloreaban un poco aquel valle blanco y negro. Hacía frío allí. Ya no caen lágrimas. Hace tiempo dejaron de rodar por sus mejillas. La neblina se mezcla con la oscuridad, y aquello se convierte en tierra de nadie. Las estatuas lo miran con acertijos, el frío entra en las coyunturas, ya es hora de irse. Sale de aquel sitio, de aquella neblina que lo quiere arropar y llevárselo al Hades.

Al llegar a la casa, que queda casi en la cima de un monte, mira las nubes grises y sabe que va a llover. Se dirige hacia el buzón. Al abrirlo, encuentra una sola carta. Tembloroso ve que el remitente es su querida esposa. Se tambalea hasta caer al suelo, pero se aguanta de las rejas. Su corazón se le quiere salir por la boca. Lentamente se incorpora, mira de nuevo, pensando que lo traicionó su miopía e increíblemente, no pudo imaginar lo que vio. Verdaderamente era de su esposa. ¿Cómo puede ser? ¿Acaso es un error? Coloca la carta en el bolsillo derecho, y se dirige hacia las escaleras para entrar a su hogar. Tira la carta en el sofá, con la esperanza que desapareciera aquel sobre. Se prepara un sandwich y prende un cigarrillo para bajar la ansiedad.

La casa tiene rastros de mujer. Ella coleccionaba muñecas de porcelana, pero el hombre desconfiaba de su belleza inerte. Los retratos permanecían escondidos bajo paños de colores y con sus gorros tapó las relucientes caras de porcelana. Su mujer tenía un cuarto lleno de estas muñecas, pero estaba cerrado con una llave que él destruyó. Arrastrando los pies, el hombre se dirige hacia su cama para tomar una siesta.

Los sueños van y vienen. El alma siempre se levanta de su cuerpo para explorar el vecindario, lo que los científicos llaman OBE o el Out of Body Experience. Las imágenes cambian. Son un tornado de colores que se mezclan y se juntan con el inconsciente, como plastilina, moldeándose, cambiando de forma y textura. Muchas veces el hombre ve un mundo antiguo, donde se encuentran las grandes serpientes de piedra, que lo esperan con un propósito que él no sabe. Pero muchas

de estas visiones no las recuerda al levantarse. Esta vez, se acordó de un sueño lúcido que tuvo:

Se encontraba en una tierra desconocida, en un pueblo que existía antes de la historia. Había gente negra. Alrededor del pueblo estaba la selva salvaje. Se escuchaban los pájaros alborotados (o locos por estar en la selva, o la selva los dejó locos), y los animales repetían su locura. El hombre entraba a una aldea, en la cual vivía su esposa. Ella que estaba enferma, con los dedos crispados, le entregó un papel. Él encontró muy extraño que en un pueblo tan antiguo, existiera un tipo de papel como aquél. De pronto, se dio cuenta que estaba soñando, y entró en plena consciencia al sueño. Caminó presuroso y salió de la aldea en busca de alguien que supiera de medicina. Unas personas le dijeron que afuera de la aldea, cerca del bosque, vivía el curandero. Al llegar allí, unos olores intensos impregnaron su olfato de humedad y especias amargas. El brujo estaba encapuchado de negro. No se le veía ni la cara, ni nada. Le hizo la señal de la cruz en la frente y le dijo: "La medicina para tu mujer está en aquella cueva".

Al mirar hacia donde señalaba, ya no estaba en la aldea. Estaba en un desierto, y enfrente de él había unas ruinas gigantescas. Estatuas de grandes héroes y dioses, cubrían la vista como edificios. La cueva estaba al pie de una de las estatuas.

Poco a poco, el hombre caminó por aquel desierto con la garganta seca y la respiración agitada. No se veía nada en aquel roto de tierra y piedra. Las estatuas cubrían el cielo poco a poco, hasta fundirse con éste. La cueva estaba delante de él. Poco a poco entró. A lo lejos se escuchaban las carcajadas espantosas de unas hienas y a veces veía unos ojos de reptiles, de diferentes colores que lo seguían. Caminaba despacio, tocando las paredes rocosas. Unos dientes sin labios se aparecieron delante de él. Le decían: "La guerra nunca se acaba." Entonces, perdió el hilo lúcido, y el sueño como un libro, lo llevó a Vietnam, después de un bombardeo. Había pasado un ataque, y estaba buscando a su amigo entre los muertos. Rebuscando en el fango, encontró su cabeza, pero no el cuerpo. No se atrevió a tocarla. Los ojos de aquella cabeza se abrieron, la boca empezó a moverse y le dijo: "La guerra nunca morirá." Despertó de aquel horrible sueño sudoroso y débil. Se acordó de la carta, y pensando que era un sueño, se levantó de la cama a ver si estaba en el sofá. Pero no estaba allí. Se sintió nervioso al encontrarla en el bolsillo.

Salió afuera para fumarse un cigarrillo. Después de prender aquel cilindro de papel y tabaco, comenzó a llover. Entró rápido a la casa para escapar de la lluvia. En la mesa de la cocina estaba la carta, pero no la quería abrir todavía. Los relámpagos descollan, alumbran los pasillos y cuartos de la casa. Se queda mirando la carta por mucho tiempo. La coge en sus manos y lentamente la abre. No hay nada, excepto una llave. Saca la llave, mira al pasillo que está alumbrándose por los relámpagos, y se acuerda del cuarto de las muñecas de porcelana.

La muñeca que está en el sofá no tiene el gorro por encima, y sus ojos petrificadamente vidriosos lo miran sin vida ni muerte. La llave se le cae al piso y se escucha otro trueno. La luz del relámpago alumbró la cara de la muñeca en el sofá. El hombre se cae en una rodilla, con el corazón como una metralleta.

Como en el sueño que tuvo, tiene que entrar a la cueva. Con la llave, se dirige al cuarto de las muñecas y abre la puerta. No se ve nada, pero los relámpagos alumbran el cuarto. Está completamente lleno de muñecas con sus ojos de cristal mirándolo intensamente. Susurran en su oído miles de oraciones que no se entienden, una mezcla de idiomas y sonidos. El hombre se acordó de cuando estaba en aquella tierra rebuscando entre el fango y la sangre de las guerras, y comenzó a buscar en el cuarto. Entre las muñecas, sólo aparecían más muñecas. Los rayos lo atemorizaban. Las caras de las muñecas no tenían vida, pero algo nebuloso escondían, algo que el hombre no podía explicar. Daba vueltas en aquel cuarto, buscando y buscando el propósito de entrar en el y buscar. El cuarto daba vueltas. Las palpitaciones crecían. El sudor bajaba. Los rayos hacían fiesta y el hombre se mareó y cayó al piso.

Al abrir los ojos, encuentra una caja entre las muñecas. La abre entre el mar de voces, y encuentra fotos, fotos de la esposa muerta, fotos de la hija que no ha visto en décadas. ¿Será este el propósito?

Huye de aquel cuarto despavorido y empapado de sudor, con la caja en el pecho. Sale de la casa y se baña con el agua de las nubes. Las aguas se detienen, y las nubes lentamente se esparcen para mostrar la luna llena. En aquel frío y oscuridad, escuchó los aullidos de los perros, un sonido colectivo tan fuerte que podría ensordecer al mundo. Al irse desapareciendo la luz de la luna entre las nubes, por encima de los aullidos, el hombre se dice a sí mismo: "La guerra se acabó."

MENCIÓN DE HONOR

Telaraña de abrazos y cuchillos mágicos

Carlos Eduardo Silva Velázquez

Anoche tuve muchos sueños, tantos sueños, tantas imágenes realísticas, de esas que dejan un vacío al despertar. Fueron tantos sueños que no sé si se interrelacionaban, no sé si eran uno. Probablemente lo eran. Totalmente absurdos todos. Snorlax era el presidente del Consejo de Estudiantes de mi escuela superior, junto a otros pokemones. Luego pasaría a ser presidente de la Universidad de Puerto Rico. Teníamos que montarnos en una guagua, la guagua arrancó y él quedó atrás. Subió una colina, después la bajó rodando. Finalmente se montó. No es tan grande como en los muñequitos. Yo fui a casa de mi tío, quien ahora vivía en San Juan, en una casa extrañamente enorme. En esa casa yo tenía mucha ropa, aparte de un bulto lleno de ropa elegante. Antes de eso había tenido un sueño con mi amiga Anastasia (en verdad no conozco ninguna Anastasia). Mi familia y yo vivíamos en un apartamento extraño al que ella me fue a visitar. Nos fuimos al pasillo del condominio que daba hacia afuera, y mirando el cielo, que tenía varios elementos extraños que no logro recordar, me contó algo triste, eso menos lo recuerdo. Mientras me contaba eso triste nos abrazamos tan fuerte y tan tiernamente como nunca lo hemos hecho en esta condenada vida real. Tuvimos una pequeña conversación, bastante intensa, pero lo único que sé es que en algún momento le dije “mi amor” y que en otro ella me miró con esos ojos de espiral que tanto embrutecen. No recuerdo nada más.

Ese sueño terminó, o al menos eso pienso, y seguiré contando lo de la casa de mi tío. Esto también es un ocho y me siento horriblemente perdido entre el recuerdo escaso de estos mil sueños en uno, o este mero sueño con cien actos de mil escenas. Recordé la escena de Anastasia porque por alguna razón se relaciona con la casa de mi tío. Ella también me visitó allí. O quizás llegué ya con ella. En el apartamento conoció a mi abuela, y quizás junto a la familia fuimos a casa de mi tío. Antes de ir a casa de mi tío teníamos que ir a comprar ropa, porque era la graduación de Anastasia, o la mía, o la de mi prima, pero lo más probable de Anastasia, y yo tenía que ir bien vestido, claro. Llegamos a una tienda que efectivamente no existe en esta isla. Era de techos altísimos, sí, más altos de lo normal. En un centro comercial los techos no son como los de Sam’s, claro está, pero en mi sueño sí lo eran. Buscamos por todos lados, los sweaters se habían acabado, solo quedaba un estilo que estaba repetido a la milésima potencia, la mitad ya comprados, aparte de que era medio feo. Compré una camisa de líneas como anaranjado claro, lo que llamaríamos “peach”. Pensé que la podría combinar con la ropa que ya tenía.

Continuamos el camino dentro del centro, aparecimos en un Wal-Mart y ya no estaba con Anastasia, sino con dos amigos junto a los que hice alguna travesura que no tengo la más mínima idea de cuál fue. Una empleada nos vio y nos persiguió. ¡Ah! estábamos en una sección de Wal-Mart donde se vendía ropa muy fina, esa debió ser la conexión entre la tienda extraña y esta popular tienda por departamento. Volviendo a la escapatoria, nos fuimos rápidamente mientras intentábamos agacharnos. Finalmente, nos separamos sin darnos cuenta.

Yo llegué al área de galletas, cereales, dulces, etc. Vi a varios empleados que me miraron y yo intentaba disimular. Seguía caminando, y escuché el radio o "walkie-talkie" de uno de los empleados y comencé a correr. En cada góndola había un empleado cuyo incordio radiecito empezaba a sonar y yo seguía corriendo y escondiéndome hasta que al fin llegué al final de la tienda y veo que todos los empleados corren hacia la misma dirección pero me pasan por el lado. Decido entrar por la misma puerta –averiguado al fin- y hay una gran sección al parecer de juegos de cuarto. Hay gente gritando, y le pregunto a una señora qué pasó, me dice que un tipo le espetó un cuchillo al techo y nació un monstruo extraño que estaba destruyendo todo. Como de película... o no, como de sueño, literalmente. Intentaron agarrar al tipo pero brincó un muro de madera o cartón, qué sé yo, y cayó en una sección de tenis parecida a la del Burlington's de Ponce. Cuando miro al techo, había una especie de cerebro naciendo de él, soltando unos líquidos como ácidos. Asustado, salí corriendo, estúpidamente persiguiendo al demonio aquel. Lo veo parar frente a una góndola y mira hacia adentro de ella. Yo paro. Quedo mirando su lado derecho. Me acerco y me asomo al pasillo también y veo a un muchacho joven, de camisilla gris y gorra hacia atrás apuntándole con una pistola. Le dice "ahora no te escapas" y le disparó en el mismo ojo. Todo fue felicidad por un instante, hasta que miramos hacia atrás y el fenómeno creado a manos del nuevo difunto estaba creciendo e incendiando y destruyendo la tienda de atrás hacia adelante. Salimos todos corriendo. Nos mantuvimos frente a la entrada. Yo me había llevado el cuchillo aparentemente mágico del maleante.

Estaba hablando con el héroe y con mi tía, quien en la vida real no es tía mía, ni familia es, pero es policía, como en el sueño. El asesino comienza a decirme que a él le gustaría tener el cuchillo, ya que él mató al muchacho y nos salvó. Yo pensé que era justo pero también dudaba, porque una persona que anduviera por ahí con pistola y matara gente tan tranquilo no me inspiraba mucha confianza con un cuchillo tan "poderoso" digamos. Le digo a mi tía, ya que es policía, que se encargue de eso ella. Le doy el cuchillo, y al final se lo da. El hombre comienza a hacer unas maniobras con el cuchillo y se ve en sus movimientos el propósito de herir a los que lo rodeamos, quienes logramos esquivarnos. Finalmente, lo lanza a mi primo, que no sé de dónde salió, pero falla y el cuchillo queda pegado en la pared. A toda velocidad voy hacia el cuchillo, el hombre me persigue, pero yo llegué primero. Protejo el cuchillo y él se puso en una posición amenazante, como que se cuadró, como decimos nosotros. Al sentirme amenazado por alguien que ya había intentado herirme con un cuchillo, decidí atacar. Saqué una habilidad de Ninja Turtle y le

corté dos veces en el brazo, terminando el combo con clavarle el cuchillo en la espalda, debajo del hombro. Claro, lo saqué y me quedé con él. Me miró horriblemente mal, pero llegó una guagua y rápido nos montamos asustados. Creo que en esa guagua montamos a Snorlax y ahí está la relación y queda demostrado que no sé dónde rayos estoy ubicado en mi propio sueño.

Intentaré seguir contando lo de la casa de mi tío, la supuesta graduación de Anastasia, la ropa bonita, etcétera, etcétera, etcétera. Quizás le halle conexión a todo.

Entonces, Anastasia y yo llegamos a lo que en sueño era la casa de mi padre (lo sé, lo sé, estábamos en casa de mi tío, pero no es mi culpa), pero en la vida real es la antigua casa de mi tía, su hermana. Subimos al segundo piso, entramos a mi cuarto y comenzamos a ver mi ropa. Ella decía que tenía que ir súper elegante, que era mejor comprar algo. Yo le dije "Prf! Por favor", que yo tenía ropa brutal. Efectivamente, la tenía, y la tengo. Buscamos ropa y escogí algo, ella me dijo que tenía que ser más elegante aun, así que busqué otras cosas, saqué un traje, unos pantalones crema por si acaso, y varias cosas más. Aparecimos de nuevo en casa de mi tío. Ella se quedó en la sala conversando con mi familia (nada me hace más feliz que eso), la sala era de un toque victoriano, con techos altos y medio a oscuras; yo subí por unas escaleras que tenían ventanas de colores. Llegué al baño, un baño fino, grandísimo, con una ducha del tamaño de un baño real de clase media alta. Me metí a bañar. Terminé. Salí. Ella tocó la puerta y me preguntó que si ya había terminado, le dije que no y me dijo que se iría para poder prepararse, ella tenía que llegar temprano (no sé por qué yo me había metido a bañar primero, quizás es porque yo era el que la iba a buscar). Mientras me vestía y escogía qué ponerme –ya que había llevado todas mis opciones conmigo- el baño iba desapareciendo y detrás del espejo comenzaba a aparecer lo que era un balcón interior, como el pasillo de una casa gigantesca o el Museo de Arte de Ponce. Y yo (inexplicablemente ya vestido con una chaqueta azul marino, la camisa de líneas "peach" que compré al principio de este relato, y unos pantalones crema) quedé mirando hacia abajo, donde había mucha gente, tiendas como si fuera un mall y una procesión esperando a alguien. Era mi prima, que se graduaba. Estaba vestida de negro, su traje era gigante y traía un velo como de Lady Gaga o la Princesa Leia. Todo conectó como si fuera la misma graduación de antemano, la graduación de Anastasia, pero no lo era. De momento no era su graduación, era su boda, y la prima que vi al principio se convirtió en mi prima pequeña, de once años, que había decidido casarse, y mi papá, en el sueño su papá, estaba contento de permitirse. Yo solo pensé en la graduación de mi querida Anastasia. Tuve que enviarle un mensaje de texto: "creo que no voy a poder llegar a tu graduación..."

Creo yo que ahí terminó el sueño. No. Mejor dicho, ahí termina lo que recuerdo del sueño, porque sé que hubo más, mucho más, pero son detalles que no alcanzo a ver en la defectuosa máquina del tiempo que llamamos memoria. Hubo detalles, muchos detalles, la mayoría incluyendo a Anastasia, que ya dije que no conozco a alguien de ese nombre, pero sí conozco a la persona que la interpretó. Y

entre matanzas, graduaciones, travesuras, ropa "cool", casas gigantes, y otros sueños que no pude contar porque no los sé (sí, hubo quizás tres actos más en esta historia, actos que no logro descifrar), lo más que recuerdo y lo más que extrañé al despertar, fue aquel abrazo en el pasillo del condominio.

OTRAS UNIVERSIDADES

SEGUNDO LUGAR

En primera fila

Luis Alejandro Polanco

El espectáculo iba a comenzar. Dieron la última llamada. Se apagaron las luces, y poco a poco las cortinas abrían. Me envolvió una luz que delineaba un círculo en el mismo centro del escenario. Esa noche era la vigesimoprimera función y cada día los asistentes aplaudían emocionados, pues decían que yo, Zim Patiko, tenía un buen *show* montado. Aquel jueves el teatro no estaba abarrotado como en otras noches. La lluvia y las repentinas inundaciones impidieron que la gente se desplazara hasta el lugar. No se quiso cancelar el evento porque para el fin de semana estaba todo vendido y no había dónde acomodar a las personas. Como siempre, no hacía más que abrir la boca y ya todos comenzaban a reír, a consecuencia del esmalte fluorescente verde con el que me cepillaba antes del espectáculo. Cuando se apagaba el proyector parecía que los dientes estaban suspendidos en el aire. Hablaba rápidamente para que causara gracia no tanto de lo que decía, sino en mostrar una sonrisa exagerada para sacar lo más posible la dentadura. Encontraban mis gestos divertidos y el vestuario innovador, pues lo mismo salía vestido de Cleopatra, como con el atuendo de Adán: sin nada, apenas un par de hojas de higuera para no caer en censura.

Mientras todos reían, me llamó la atención un hombre que estaba solo, sentado en la primera fila. Ninguno de mis chistes provocaba en él una carcajada. Me esforcé como nunca para lograr una simple sonrisa del espectador, pero su cuerpo seguía rígido. Las manos reposaban sobre los brazos de la butaca. Ni un gesto de aprobación para alguna de mis bromas, ni siquiera el amague de un aplauso, un estornudo por la noche lluviosa, un bostezo de sueño o aburrimiento, o simplemente cruzar las piernas y estirarlas hacia el frente; que muy bien lo podía hacer porque el pasillo entre la primera hilera y la plataforma del escenario es bastante ancho. Por un largo rato traté de fijar la vista en un punto al final del auditorio para poder concentrarme. Estaba perdiendo el hilo del libreto, por culpa de aquella estaca humana clavada a la butaca.

En un momento comenté que usaba gorra ya que mi cabeza parecía un tocino de cielo, haciendo alusión a que era calvo como el espectador. Me quité la cachucha para que vieran que no me quedaba un pelo en la cabeza. Entonces se me ocurrió gritar con voz encolada: "Sube calvo, sube". Expuse que esto del *bullying* no era cuestión de ahora, sino que siempre ha existido, pues la frase "Sube calvo, sube", era comparable a un versículo bíblico de los libros de los Reyes, en el que unos niños acosaban a Eliseo. "Sube calvo, sube", volví a gritar y le hice señas, quería una reacción, pero no se inmutó. Estuve a punto de tirarle el agua que había en un

vaso que bebería en el penúltimo acto, pero no me atreví. Sus ojos fijos en mí ni siquiera pestañaban.

Escuche usted, el que está sentado frente a mí. Hace un tiempo me fui de escapada a Santo Domingo y coincidí con una señora en sus años terminales, perdón, en edad avanzada, por no decir vieja. Y francamente al verla tan cachifollada pensé que donde mejor podía descansar era en un ataúd. Yo hacía mofa de las personas ancianas, pero mi propósito era que el infeliz en primera fila se desternillara de risa con alguna de las ocurrencias o que se enojara y se largara. Como les decía, coincidí con la octogenaria en un elevador de un edificio de apartamentos. Ella con voz de altoparlante interrumpió el silencio de espera para comentar: "Oh, oh, a mí para conocer el mundo me falta ir a *Nueva Yol* porque ya yo fui a Haití". Me eché a reír por dentro, como dicen, imaginando lo pequeño que era planeta para la mujer. Sin embargo, después reflexioné y le di la razón porque la visión del universo se amplía cuando uno recorre las calles de New York y ve sus rascacielos. La multitud tropieza y solo dice *sorry*, y yo le contesto zorra, pero por suerte no entiende. Pisar la Gran Manzana es llegar a la capital del mundo. Dicen que las canas dan sabiduría, pero como ustedes pueden apreciar, yo no tengo ninguna. Me pasé las manos por el cráneo que brillaba por los efectos de la luz y el sudor. Y antes de colocarme nuevamente la gorra enuncié un refrán: "Brilla la luna, brilla el sol, brilla la calva de ese señor". Extendí el brazo hacia el frente señalando con el dedo meñique al miserable sentado en primera fila. El pulgar apuntaba hacia mí. Nada que ver.

Les cuento que cuando uno viaja es mejor no decírselo a nadie porque enseguida alguien se antoja que le lleven algo a un familiar o le traigan cualquier cosa de allá. En mi viaje a Santo Domingo cuando el tramoyista se enteró que iba para su país me pidió que les llevara a sus tías jamonas: Chicha, Tica y Tota, unas medicinas y que a su vez ellas le enviarían un salchichón y una Flecha. Me habló en particular de Tica, la mayor de la tres, advirtiéndome que ella estaba en un estado de lamentación constante. Quise comprobar la animosidad de la envejeciente: ¡Hola, doña Tica, soy amigo de su sobrino Juancho! Ella contestó: "¡Ay!". Me dijo que vendrá pronto a visitarla. "¡Ay!". Le mandó unas medicinas y unos cuantos dólares. "¡Ay!". Me dio mucha alegría conocerla. "¡Ay!". Ya no tenía que decir la interjección de aflicción porque cada vez que formulaba una frase, los espectadores se encargaban de responder, entre risas: "¡Ay!", excepto el malnacido en primera fila.

Sé que la naturaleza nos da sosiego, nos causa alegría, pero es lo único que no nos hace reír. Hice alusión a esta premisa comentando que había un espectador que me veía como un paisaje marino. Comencé a mover el cuerpo suavemente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, en un vaivén ridículo de olas, a ver si la cara de idiota que puse y el movimiento ininterrumpido, por fin hacían reír al desgraciado que estaba como una estatua plantada en la butaca, pero no logró nada. Seguí con el tema de la naturaleza: "O quizá me ve como un huracán". Todo esto estaba fuera del libreto. Me había propuesto que antes de que terminara el

show le sacaría una carcajada al hijo de su madre. Recordé la "Parábola del Buen Pastor", que deja a las noventa y nueve ovejas para buscar a la descarriada. Yo me olvidaba de todos los espectadores porque en ese instante solo me interesaba hacer reír a uno. Inicié un torbellino de vueltas como un demente por todo el escenario, de súbito me paraba para tirar la vista al hombre y verificar si por lo menos sonreía. Los asistentes disfrutaban de mis payasadas, escuché entre risas y aplausos a una señora decir: "Ay, se me sale la pipi". Continué como un trompo diciendo disparates que a la gente le gustaba, pero no a él. Se me ocurrió contestarle a la meona: "Yo también me estoy orinando, así que permiso". Me volteé de espalda al público cogí el vaso que estaba en una mesa alta y simulé que vertía la orina en el envase de cristal. "¡Qué alivio!", dije y coloqué el vaso de nuevo en su lugar que con el efecto de la luz, el agua se tornaba amarilla. A pesar del aire acondicionado, sudaba demasiado por el exceso de ejercicio físico y mental. "Tengo calor, mucho calor. Y qué mejor que un buen vaso de cerveza fría para aliviar la sed". Me acerqué a la mesita. La gente sabía mi intención y gritó: "¡No!, ¡no! ¡Ay, fo! ¡Qué asco!"; como si de verdad se creyeran que había orín allí. Sin embargo, el susodicho no se impresionó. Entonces me embistió una histeria; comencé a llorar de impotencia, de desesperación, de pánico porque pensé que había perdido el encanto de hacer reír a una persona. La situación por la que atravesaba me trajo el comentario de un profesor de antaño de actuación que decía: "Es más fácil hacer llorar que hacer reír" Me arrodillé en medio del escenario, bajé la cabeza y continué sollozando. Lo increíble fue que al parecer los espectadores se creyeron que el *shock* emocional era parte del espectáculo.

La función finalizó, todos parados me aplaudían con caras de satisfacción. Todavía por mi rostro bajaban lágrimas. El hombre en la primera fila permanecía sentado, mientras el público salía. El espectador imperturbable continuaba en su butaca. La sala se vació y solo quedó un hombre en primera fila. Las luces menguaron. Él permaneció sentado. Escuché el estrepitoso silbido de las sirenas llegar.

ENSAYO

COMUNIDAD

TERCER LUGAR

Sobre el Ultraísmo o como un fracaso engendra la gloria

Maite Ramos Ortiz

El Ultraísmo fue un fracaso. Movimiento literario de corta duración, pasó desapercibido para muchos, no produjo obras de importancia y su propulsor nunca hizo uso de él y, sin embargo, las Vanguardias hispanoamericanas le deben la vida. Surgido en España en el 1919, concluye cerca de 1922, no sin que antes Jorge Luis Borges lo llevara a la Argentina en 1921 donde perduró hasta 1927.

Se trata de un producto posbélico. El fin de la Primera Guerra Mundial trajo consigo decepción y deseo que romper con el pasado para comenzar de nuevo. Para la escena literaria europea esto significó un intento de acercarse a la nueva sociedad industrial, obsesionada con los artefactos mecánicos. Es así como brotan Vanguardias por toda Europa: el Futurismo en Italia, el Cubismo y el Dadaísmo in France, el Expresionismo en Alemania. Todos estos movimientos influenciaron a los jóvenes poetas españoles entre los que surgió el Ultraísmo.

Durante el verano de 1918, el poeta chileno Vicente Huidobro visitó Madrid, a donde dio a conocer no solo las nuevas teorías vanguardistas, sino su propio movimiento estético: el Creacionismo (Del Villar, *La polémica* 27). Para algunos estudiosos, dicha visita fue fundamental para el posterior desarrollo del Ultraísmo, aunque Guillermo de Torre sugiere que Huidobro apenas dejó alguna influencia "al contrario de lo que opinan sin fundamento, sin datos probatorios, quienes pretenden derivar todo de ahí" (55). La controversia de si el Creacionismo influyó en el Ultraísmo o no ha sido estudiado por Arturo del Villar en su ensayo "La polémica entre el ultraísmo y el creacionismo" y Juan-Jacobo Bajarlía en su libro *La polémica Reverdy-Huidobro: Origen del Ultraísmo*.

Este también es la época cuando los imitadores del poeta modernista Rubén Darío habían inundado la escena literaria española, por lo que la nueva generación predicaba en contra de los excesos del Modernismo. El Creacionismo los impresionó porque era "un vuelco al modernismo" (Del Villar, *El Creacionismo* 68). Este grupo

de jóvenes giraba en torno al escritor y crítico literario Rafael Cansinos-Asséns, quien tiene el honor de ser el creador intelectual del Ultraísmo, aunque nunca produjo una obra ultraísta. Fue así como comenzaron a producirse poemas que favorecían la creación de imágenes y de metáforas así como a hacer referencias a las innovaciones de la industrialización.

El origen del nombre del movimiento no ha estado exento de controversial. Según De Torre, quien a la sazón apenas salía de la adolescencia, el término "Ultraísmo" "era sencillamente uno de los neologismos que yo esparcía a voleo en mis escritos de adolescente" (55), que Cansinos-Asséns acogió (58), y usó en su primer manifiesto ultraísta, publicado en el otoño de 1918. No obstante, Xavier Bóveda, uno de los poetas que firmó el manifiesto afirmó que fue Cansinos-Asséns el creador del nombre (Bajarlía 41).

Independientemente de dónde surgió el término Ultraísmo, lo cierto es que los poetas ultraístas preferían los temas relacionados lo mecánico y la tecnología, así como el uso de un lenguaje científico y antipoético y de una tipografía arbitraria (Del Río 334). Su poesía se distinguía por "el culto a la imagen, por la tendencia a la evasión y al juego, la exclusión del mundo sentimental, y heroico, el logro ingenioso, la intrascendencia del arte, el humorismo" (Videla 22).

El Ultraísmo produjo pocos libros en España, pero sus poemas se diseminaron en revistas como *Grecia*, *Cervantes*, *Ultra*, *Tableros* y *Horizonte*. De algunas de ellas, solo se llegaron a publicar dos números. La relación entre el Ultraísmo y las revistas literarias fue tan estrecha que el movimiento concluyó en España con el último número de *Ultra*, revista que se publicó entre 1920 y 1922. Es decir, se trató de un movimiento breve que pasó a convertirse en el "ismos" local que precedió a la Generación del 27.

Pocos fueron los poetas ultraístas destacados. Entre los más famosos están Guillermo de Torre, Gerardo Diego, Juan Larrea y Jorge Luis Borges, todos ellos recordados por sus obras posteriores.

El más joven de los poetas ultraístas, De Torre, publicó uno de los pocos libros del movimiento: *Hélices*. Del Río indica que el escritor "encontró en la crítica y no en la poesía su verdadero camino" (334). En todo caso, su contribución al movimiento se centra en sus roles de iniciador e historiador además de ser el vínculo entre España y el extranjero (Videla 145). Su trabajo crítico sobre el Ultraísmo es esencial para un estudio exhaustivo del movimiento.

Por su parte, Diego comenzó como ultraísta, pero terminó como creacionista. Publicó dos libros ultraístas: *Imagen* en el 1922 y *Manual de espumas* en el 1924. La crítica lo considera como un poeta ecléctico (Matteson 87) que combina las teorías vanguardistas con las formas tradicionales (Espejo-Saavedra 201).

Por otro lado, Larrea contribuyó a las revistas ultraístas. Al igual que Diego, comenzó como ultraísta, pero evolucionó hacia el Creacionismo. Asimismo, comenzó a escribir en español, pero terminó haciéndolo en francés. Su obra trabaja con la espiritualidad, por lo que se le considera como miembro de un “ultraísmo espiritual” (Del Villar, *Juan Larrea* 78).

Por último, Borges es el poeta ultraísta mejor conocido. Nació en la Argentina, pero vivió en Europa entre 1914 y 1921. Vivía en España cuando se desarrolló el Ultraísmo, así que contribuyó a darle forma. Cuando regresó a la Argentina, trajo consigo el movimiento español del que renegó años después para solicitarles a los críticos que olvidaran ese periodo de su literatura (Ruffinelli 156). Alegaba que “se trataba de algo así como un pecado de juventud” (Meneses 123). No obstante, su poesía ultraísta deja entrever su participación en el movimiento bolchevique, aunque Jorge Ruffinelli establece que “el ‘compromiso’ político mostrado por Borges en su poesía europea fue de algún modo una cortesía hacia la generación de escritores con quienes alternaba (en España)” (168). En todo caso, Borges no demostró ningún tipo de compromiso político mientras vivió en la Argentina.

El poema “Rusia” resulta un buen ejemplo de la poesía comprometida de Borges. Publicado inicialmente en el 1921 en *Grecia*, Ruffinelli la reproduce en su estudio:

La trinchera avanzada es en la estepa un barco al abordaje
 con gallardetes de hurras
 melodías estallan en los ojos
 Bajo estandartes de silencio pasan las muchedumbres
 y el sol crucificado en los ponientes
 se pluraliza en la vocinglería
 de las torres del Kremlin
 El mar vendrá nadando a esos ejércitos
 que envolverán sus torsos
 en todas la praderas del continente
 En el cuerno salvaje de un arco iris
 clamaremos su gesta
 bayonetas
 que portan en la punta las montañas. (164)

En este poema, se identifican sin dificultad las características ultraístas: el uso de imágenes y de una tipografía peculiar. Otro poema, “Atardeceres”, publicado originalmente en el 1921 en *Ultra*, no solo muestra el uso ultraísta de la imagen, sino que adelanta la fijación del poeta con los espejos. Borges lo reescribió en el 1923 para su libro *Fervor de Buenos Aires*. Cuarenta años más tarde, lo volvió a reescribir para su *Obra poética* de 1976. Meneses reproduce su versión inicial:

La vihuela
 Dormida como un niño en tu regazo
 El silencio que vive en los espejos
 ha forzado tu cárcel
 la oscuridad es la sangre
 de las cosas heridas
 En el poniente pobre
 la tarde mutilada
 reza una avemaría de colores. (126-27)

Como ocurrió en España, el Ultraísmo en la Argentina se puede trazar con la ayuda de las revistas literarias, que marcan dos periodos distintos. El primero pertenece a *Prisma* y a *Proa*, ambas de corta duración; el segundo, a *Martín Fierro* (Ruffinelli 156). De la Argentina, el Ultraísmo se movió a través de Latinoamérica, creando nuevos "ismos" que transformaron el panorama literario del continente, debido a que muchos poetas transformaron el movimiento en "una recreación inequívocamente americana" (Videla de Rivero 191). En Argentina y Uruguay, se convirtió en el Criollismo o Nativismo, con Borges como su mejor representante (193). En Brasil, se le conoció como Modernismo, en Perú y otros países del Pacífico se transformó en Indigenismo (194). En Las Antillas, creó la poesía negrista o africanista de la que se desprende la poesía social (De Torre 125).

Al ser un fracaso, muchos críticos pasan por alto al Ultraísmo en España debido a que no produjo grandes obras literarias, sus poetas conocidos son recordados por sus trabajos posteriores y su creador no creó obra alguna bajo sus ideas. Sin embargo, sin este movimiento la exitosa Generación del 27 no hubiera sido la misma ni hubieran surgido tantas Vanguardias hispanoamericanas destacadas. A la larga, el Ultraísmo abrió el camino para el uso lúdico de la imagen, la referencia a nuevas artilugios industriales y una tipografía convencional, todo lo cual aprovecharon poetas posteriores. Nada mal para haber sido un fracaso.

Obras consultadas

- Bajarlía, Juan-Jacobo. *La polémica Reverdy-Huidobro: Origen del ultraísmo*. Buenos Aires: Devenir, 1964. Impreso. Col. El Cuadrante.
- Bartolomé Pons, Esther. "Rafael Cansinos-Asséns: Fracaso y gloria para el poeta de una hora tardía. (O de cómo un judío milenario se convierte en maestro ultraísta)". *Ínsula* 38.444-445 (1983): 3-4. Impreso.
- Bellver, Catherine G. "Game Playing and Reading *Ultraísta* Poetry". *Hispanofila* 39.118 (1996): 17-27. Impreso.
- Del Río, Ángel. *Historia de la literatura española: Desde 1700 hasta nuestros días*. Tomo 2. Nueva York: Holt, 1963. Impreso.
- Del Villar, Arturo. "El Creacionismo y el Ultraísmo como movimientos integradores: (Una vieja polémica sin resolver)". *Nueva Estafeta* 53 (1983): 67-73. Impreso.

- . "Juan Larrea, ultraísta espiritual". *Arbor* 108.422 (1981): 77-87. Impreso.
- . "La polémica entre el ultraísmo y el creacionismo". *Cuadernos Hispanoamericanos* Supp. 12 (1993): 25-39. Impreso.
- Espejo-Saavedra, Rafael. "Elementos tradicionales en la poesía ultraísta de Gerardo Diego". *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 7 (1982): 201-14. Impreso.
- Jiménez Fajardo, Salvador y John C. Wilcox, eds. *At Home and Beyond: New Essays on Spanish Poets of the Twenties*. Lincoln: Soc. of Spanish and Spanish-American Studies, 1983. Impreso.
- Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la literatura puertorriqueña*. Ed. Francisco M. Vázquez. Río Piedras: Cultural, 1986. Impreso.
- Matteson, Marianna Merritt. "Elipsis y sugestión en un soneto de Gerardo Diego". *Explicación de Textos Literarios* 13.1 (1984-1985): 87-91. Impreso.
- Meneses, Carlos. "Borges, el imberbe poeta ultraísta". *Cuadernos Hispanoamericanos* (1992): 505-07. Impreso.
- Morales, Ángel Luis. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Río Piedras: Edil, 1991. Impreso.
- Morelli, Gabriele. "Del ultraísmo al creacionismo: Los poemas de Larrea en 'Grecia'". *Ínsula* 50.586 (1995): 7-8. Impreso.
- Ruffinelli, Jorge. "Borges y el Ultraísmo: Un caso de estética y política". *Cuadernos Americanos* ns 3.9 (1988): 155-74. PDF.
- Torre, Guillermo de. *Ultraísmo, Existencialismo y objetivismo en la literatura*. Madrid: Guadarrama, 1968. Impreso.
- Videla, Gloria. *El ultraísmo: Estudio sobre movimientos poéticos de vanguardia en España*. Biblioteca Románica Hispánica. 2^a ed. Madrid: Gredos, 1971. Impreso.
- Videla de Rivero, Gloria. "Las direcciones hispanoamericanas del Ultraísmo". *Revista Chilena de Literatura* 27-28 (1986): 189-91. PDF.

OTRAS UNIVERSIDADES

MENCIÓN DE HONOR

Una mirada a la sexualidad y a la identidad sexual en la novela *Simone* de Eduardo Lalo

Luis Alejandro Polanco

En la sexualidad existe tanta diversidad de comportamientos, que cada persona buscará la forma de satisfacer sus propias necesidades físicas y biológicas dentro del espacio social en que habita, sin importar muchas veces las consecuencias que pueda provocar su deseo sexual. Antes de comenzar a escudriñar la novela *Simone* (2011), es necesario definir los términos de sexualidad e identidad sexual para una mejor comprensión del estudio que les presentamos.

La teoría *queer* afirma en sus hipótesis que la sexualidad y la identidad sexual son conceptos del ámbito de lo social y como tal se constituyen por relaciones de poder; por lo tanto, no están inscritas en la naturaleza humana como un asunto esencial o biológico. De esto se desprende que la sexualidad es un espacio político con una serie de delimitaciones y especificaciones normativas aplicadas sobre los cuerpos y los placeres.

En el espacio social se dan unas relaciones de poder que producen identidades que se interrelacionan: heterosexualidad y homosexualidad. Sin embargo, es preciso apuntar que ninguna de estas identidades puede abarcar totalmente el ámbito de la sexualidad, ni lograr establecerse en toda su magnitud. Es por esto que Judith Butler propone una interpretación del sexo como efecto del proceso de naturalización de la estructura social del género y la matriz heterosexual. Significa que el sujeto es llamado a identificarse con una determinada identidad sexual y de género sobre la base de una ilusión de que esa identidad responde a una interioridad que estuvo allí antes del acto de interpelación.

En el libro de María Luisa Lerer titulado *Sexualidad femenina: Mitos, realidades y el sentido de ser mujer* encontramos una definición de sexualidad que va acorde con el planteamiento que queremos establecer en este ensayo. La misma fue sacada del *Diccionario de Psicoanálisis* (1971), de Laplanche y J. B. Pontalis:

Conjunto de sensaciones corporales, portación biológica, sentimientos, y la relación que se establece con el mundo externo. Así no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento genital, sino toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental. (26-27)

Con esta definición de referencia vamos a analizar la sexualidad y la identidad sexual en *Simone*. Comenzaremos con un comentario de Elsa Noya, prologuista de la novela, que dice que Eduardo Lalo apuesta duro en su convicción

de que toda literatura es exploración de la condición humana. Y es muy cierto, porque a través del texto en cuestión se explora una parte esencial de la condición humana que es la sexualidad como conjunto de lo que sienten, piensan, creen, actúan y vivencian Li Chao y el escritor.

El personaje principal masculino en *Simone*, quien narrara la historia, es un profesor universitario y escritor. Frustrado porque en la ciudad de San Juan, opaca para él, no pasa nada. Entre sus divagaciones de la ciudad se muestra la cotidianidad de la contemporaneidad. Tenía la necesidad de escribir, pero al no ocurrir nada en su entorno, consideraba que sus palabras no serían leídas. Su vida cambió por completo, al trastocarse el aburrimiento citadino, cuando encontró un escrito con tiza sobre el pavimento a la salida del edificio de la Facultad: “¿Hasta qué punto podemos construir una sociedad basada en la mentira y el olvido?” (Lalo 35). Las entregas anónimas continuaron, lo que provocó un ludismo intelectual que llegó a seducir al escritor al punto de enamorarse de no sabía quién.

Antes de interesarse por Li Chao, el escritor tuvo muchas relaciones con mujeres que fracasaron porque en el fondo, las uniones, fueron siempre negociaciones infructuosas. Transacciones conducentes a construir lo precariamente habitable, establecidas en el ámbito social: “compañía, sexo, conversaciones, una ternura blanda y caprichosa. Soporté lo que para mí fueron casi siempre su estrechez de miras: las obsesiones ridículas, los sueños de bodas y progenie...” (Lalo 37). Este listado de deseos son parte indispensable de la unión de pareja que la mujer heterosexual espera de su marido, inculcados en una sociedad dominada por un pensamiento cónsono con ella.

A pesar de las relaciones que el escritor manifestó tener con mujeres¹, antes de llegar Li Chao a su vida, entendemos que en su discurso, cuando recibe los mensajes, hay un pensamiento bisexual eludido porque el enamoramiento hacia ese «ser»² anónimo comenzó antes de saber la identidad de la autora de los anónimos. Él incluso no estaba seguro si era una mujer o un hombre el remitente y en varias ocasiones se dirigió en masculino al desconocido: “Aquí estoy, esperando el próximo mensaje, sabiendo ya que en ellos hallo algo que no tengo en mí y que deseo. ¿Quién es? ¿Quién soy, qué represento para ese ser? ¿Qué busca para pasar tanto trabajo?” (Lalo 41).

El escritor se cuestiona la identidad del remitente y su propia identidad. Consideramos que esa inseguridad de no reconocerse, la manifestación del deseo a lo desconocido y la necesidad de recibir los mensajes por la urgencia de encontrar respuestas a sus incertidumbres, son el resultado de una mente abierta al cambio, dispuesta a enfrentarse a lo que sea. “¿Quién es mi perseguidor? ¿Cómo pudo saber dónde resido, conocer mis hábitos, mi identidad, mi consciencia...?” (Lalo 46). Aquí muy bien pudo haber usado “perseguidora”, pero prefirió usar el lenguaje sexista o

¹ Incluso con Julia con quien compartía algunas tardes y fines de semanas: “a veces, con paso por la cama incluido, por pura soledad, por absoluto engaño” (Lalo 46).

² Como se referirá al remitente de los anónimos en la próxima cita. Por qué no dirá “mujer” y preferirá un denominativo genérico. Entendemos que no sabía quién era, pero esta generalidad al nombrar al susodicho sujeto despierta cierta malicia y resulta ambivalente en el deseo del escritor.

quién sabe si en sus adentros, ante el fracaso con tantas mujeres querría auscultar con personas de su mismo sexo.

De cualquier forma, estas son conjeturas que quedarán abiertas al debate en otras investigaciones, pero ahora queremos presentar uno de los mensajes que encontró escrito con tiza frente a su carro: "Hoy estoy vencido, como si supiera la verdad" (Lalo 52). Obviamente, el remitente en cierto modo ha dado una señal de su identidad masculina al utilizar el término vencido en su expresión. Sin embargo, no podemos certificar el bisexualismo aparente del escritor porque los mensajes que recibe son citas de autores. Él, por su acervo cultural, muy bien pudo saber que este verso pertenece al poema "Tabaquería" de Fernando Pessoa. Los mensajes, la entrega y la habilidad con que se hacían, comenzaron a seducirlo y el escritor no sabía qué hacer. Luego empieza a cambiar la tónica de su cuestionamiento a un pensamiento heterosexual:

¿Cómo no ilusionarme con que el que envía los mensajes sea una mujer? —una mujer de la que enamorarme—... ¿Cómo no soñar con ese cuerpo desconocido que no será como estas voces que me asedian, con las que no tengo nada qué ver ni qué decir, que nunca me entenderán?" (Lalo 73).

Sus reflexiones hacia los nuevos mensajes utilizan el lenguaje inclusivo (no sexista), omitido por completo al principio, a nuestro entender para desviar el enfoque del lector a otras lecturas posibles como la planteada anteriormente, en torno a la bisexualidad del escritor: "Ahora relaciono esto con él o la que manda los mensajes..." (Lalo 75).

El misterio de los anónimos se desvela y conoce a su autora: una mujer de descendencia china que se radicó en San Juan desde niña con su madre, ahora estudiante universitaria y mesera en un *Sushi Bar* de un pariente. El hacinamiento y la precariedad en que vivían los inmigrantes chinos en San Juan tuvieron como resultado que Li Chao fuera violada³, en reiteradas ocasiones, por un primo⁴:

Me violó... A los treces años. A los catorce. A los quince... Tantas veces, que probablemente ya no pudo llamarse por ese nombre. Compartíamos el mismo cuarto, con otros primos. Venía a mi cama cuando se dormían y al principio no sabía o no quería saber lo que hacía. (Lalo 150-51)

Este fragmento y el próximo nos muestran lo ingenua que era Li en su adolescencia. Se podría plantear que no tenía noción de educación sexual o los sentimientos y la necesidad de aferrarse a alguien la enajenaron por completo al punto de no saber, o no querer saber, lo que estaba ocurriendo. Es por esto que ella tiende a confundir las agresiones sexuales del primo con el amor y no logra definir la relación que se suscita entre ellos dos:

³ Se presenta el tema de la agresión sexual.

⁴ No sabemos si Li y Bai son primos de primer o segundo grado de consanguinidad, pero se podría dar el caso de incesto entre ellos.

También, me hice de ideas, era una adolescente tonta y supuse que tenía algo que ver con el amor... Servía también para soñar, para olvidar la basura de vida que llevaba, esperando que él subiera a mi cama. Bai era irresponsable y egoísta, pero tenía con él un vínculo secreto, algo que nos unía en las noches, cuando todos dormían. (Lalo 151)

Las relaciones sexuales realizadas entre Li y Bai, durante dos años, provocó que ella a los quince años saliera embarazada y sus familiares la hicieran abortar. Esto la incitó a una desviación sexual. Li se identifica como lesbiana ante el escritor. Sin embargo, su conducta en la novela muestra un comportamiento bisexual, que se puede comprobar a través del texto. Li Chao siendo lesbiana, seduce al escritor, se enamora y tiene sexo con la condición imperante de no llegar al coito: “—Llévame a tu casa. Sólo te pido que no me penetres” (Lalo 105). El escritor se afectará emocionalmente con esta demanda porque la plenitud del coito en el hombre es la penetración. Según Shere Hite⁵, la opinión mayoritaria sobre la sexualidad masculina es que el cuerpo del hombre contiene un mecanismo llamado «impulso sexual», relacionado con las hormonas masculinas, que es un imperativo biológico que le mueve a penetrar e impregnar a la mujer con su semen. Los hombres sienten que su deseo coincide con la erección y la necesidad de penetrar la vagina de una mujer (sea la mujer amada o la mujer en general). Esto significa para el escritor que tener sexo partiendo de una limitación tan severa, incrementa sus ansias de poseerla. Desde la prohibición, el escritor buscaba una respuesta y en cierta ocasión, le preguntó que si lo iba a dejar hacer el amor plenamente, pero esto era un asunto vetado. Al final, Li se entregó probablemente por amor, tal vez por presión, quizás por el placer de sentir la pasión de dos cuerpos que se unen hasta perder la razón o como un motivo de despedida:

Así con una concentración tan absoluta que Li parecía perdida e irrecuperable, respirando mal, a punto de llorar, fue dejando que la penetrara milímetro a milímetro, moviendo lo justo las caderas, acomodándose, como si mi miembro fuera una pieza perdida o el sabor de una fruta de otro continente. (Lalo 148)

Otro punto es, que cuando Li Chao salió embarazada de su primo y la obligaron a abortar, sus familiares la acusaron de lo ocurrido como si ella hubiera seducido a Bai. En una sociedad machista, muchas veces, la opinión de las mujeres no cuenta, y los chinos no son la excepción: “Quedé marcada. Puedes imaginar lo que es la moral pequeño burguesa en estos casos, pero no tienes idea de lo que ésta o, más bien su caricatura, puede ser en una manada de chinos ignorantes” (Lalo 151). La difamación y los castigos recibidos trajeron como consecuencia que Li cambiara su preferencia sexual y percibiera a los hombres de otra manera: “ahora tenía ante los hombres un muro construido con terror y vergüenza” (Lalo 152). Los

⁵ Véase “Teorías sobre la sexualidad masculina”.

problemas consigo misma agudizados por los traumas sexuales, la carencia afectiva, la precariedad económica para sufragar sus estudios, el ofrecimiento de amistad y de ayuda económica fueron motivos suficientes para que Li accediera a tener un acercamiento sexual con una mujer:

Se conocieron hace años, cuando Li comenzó a ir a la universidad.

Carmen la influyó mucho, además de ayudarla en más de un sentido.

Entre otras cosas llegó a pagarle las clases. Debes saber que Li no tiene dónde caerse muerta y los chinos, especialmente el dueño del restaurante, es un negrero. (Lalo 167)

Podemos intuir que todos estos acontecimientos fueron factores que contribuyeron a la vulnerabilidad de Li para entrar en un juego del cual no le sería fácil salir. En las últimas líneas de la novela, Li, en una carta de despedida, afirma que no ha sabido vivir entre iguales y que su lesbianismo de cierta manera es una ironía: "Es muy posible que nunca haya conocido esta situación, la de estar al mismo nivel de otro ser. He habitado los márgenes sin ser libre" (Lalo 201). Es bueno señalar que tanto el hombre homosexual como las lesbianas son personas que han sido marginadas dentro de la sociedad heterosexual. Sin embargo, muchas de estas personas se sienten liberadas y plantean sin tabú lo que son y como son. Li Chao habitó los márgenes del lesbianismo, pero no fue libre porque su real apetencia sexual estaba orientada hacia el hombre, a pesar de su trauma: "No creas que con Carmen todo es color de rosas y no pienses, por si acaso, que no me importas. Estoy atrapada por lo que ha ocurrido, pero tengo ahora que estar aquí" (Lalo 180-81).

Las relaciones sexuales y de convivencia entre personas del mismo sexo confrontan, al igual que entre parejas heterosexuales, ciertos problemas. Muchas veces ocasionados por el carácter de alguno, por el desamor o por la falta de contacto sexual. Li manifiesta que no todo era placentero con Carmen. Las dificultades entre ellas la pudo haber propiciado Li al serle infiel mientras su pareja estuvo de viaje en California. Aunque se conoce por lo que comenta Máximo Noreña que Carmen Lindo era intrigante y sabía conseguir lo que quería. Podría decirse que Lindo le ganó al escritor al retener a Li como amante. Aquí no venció el amor entre un hombre y una mujer, sino el interés. Li era perseguida por su estirpe y el viaje definitivo de Carmen hacia Estados Unidos le abría una oportunidad de escape. Huye de la opresión laboral a la que fue sometida desde niña, pero se ataba a seguir las relaciones sexuales con mujeres, las cuales según sus propias confesiones no la satisfacían a plenitud.

La desdicha del escritor al quedarse solo al final de la novela estaba preestablecida desde las primeras páginas. Él gozaba de tener encuentros al azar y espaciados en las calles, porque eran "idóneos para la agresión con retirada asegurada" (Lalo 38). No había compromiso en sus relaciones efímeras y se podía perder luego en la soledad que estaba acostumbrado. A pesar de haberse enamorado de Li, decidió no abrirle la puerta. No quería escuchar unas palabras que estaban condenadas a la separación definitiva de dos cuerpos necesitados de

urgencias sexuales. Su agonía lo ataría para siempre a las calles citadinas que también lo deslumbraban y seducían, y en ellas sí podía penetrar sin impedimentos.

Al finalizar este ensayo hemos visto las sexualidades caracterizadas en los personajes protagónicos y algunos personajes secundarios: lesbianas, bisexuales, heterosexuales, mujeriego, violador. Si bien la Liberación Gay⁶ tuvo como objetivos fundamentales resistir el acoso y el discrimen perpetrados hacia los homosexuales y estimular a los gays a desarrollar un orgullo por su identidad sexual⁷. Comprobamos, a través de *Simone*, que estos objetivos liberacionales en Puerto Rico todavía no se realizan a plenitud porque en pleno siglo XXI, cuando se escribe la novela, los personajes aún siguen siendo víctimas de persecuciones y burlas, por estar orientados sexualmente hacia parejas del mismo sexo. Esta situación provocó y sigue provocando que muchas personas permanezcan encarceladas en su propio ser, sin poder expresar a viva voz su verdadera identidad sexual por temor al rechazo y la vergüenza. A partir de entonces se han desarrollado muchas teorías sobre *gays*, lesbianas y *queer* para ayudar a entender y esclarecer conceptos básicos sobre sexualidad e identidad sexual entre otros temas. Si bien estas teorías siempre apuntan a favor de estos sectores marginados, van en contra de las posturas convencionales de poder que dan otra visión de lo que significa la sexualidad y la identidad sexual. Esto lo podemos ver en el libro *La sexualidad según Juan Pablo II* de Yves Semen, quien recoge la siguiente cita del Papa: “Ambos, el hombre y la mujer, al alejarse de la concupiscencia, encuentran la dimensión de la libertad del don unida a la feminidad y a la masculinidad, en la verdadera significación esponsal del cuerpo”.

Sin embargo, a partir de la idea de que el género es algo cultural y el sexo, algo natural, las teorías *queer* de Monique Wittig, Adrienne Rich y Gayle Rubin, dirán fundamentalmente que es el género el que construye el sexo. Es decir:

Primero están la masculinidad y la feminidad como aspectos culturales, como estereotipos que deben cumplirse, y luego se construye el sexo como una categoría natural, como una construcción al fin y al cabo. Entienden la sexualidad como una categoría política, no biológica, y hablan de la heterosexualidad como régimen político, no en el sentido de atracción afectivo-sexual hacia personas del otro sexo, sino de heterosexualidad como un conjunto de aparatos que van a imponer un tipo de sexualidad reproductiva.⁸ (García 4)

¿Quién o quienes tienen la razón? La respuesta a esta pregunta la plasmó Lalo en su obra cuando caracterizó a los personajes según las vivencias, experiencias y formas de ver la sociedad que habitan. A través de *Simone* hemos constatado la diversidad que abarca la sexualidad. Los personajes tuvieron la potestad de elegir su identidad sexual y obrar según sus criterios y reflexiones particulares. Lalo, con cierta ironía, a

⁶ Producida en la década del sesenta del siglo XX.

⁷ “Teorías gays, lesbianas y *queer*” véase *La teoría literaria contemporánea*.

⁸ Véase Daniel García López. “Intersexualidad y teoría *queer*”. Debates de sociolingüística y construcción social. Debate No. 3. Universidad de Almería, 2003. Web. 24 sept. 2015.

través del texto obliga al lector a mirar desde otra perspectiva el mundo lésbico. Muestra abiertamente una serie de actitudes y conductas de la cotidianidad sexual. Por otra parte, se plantea el problema que Li Chao tiene consigo misma. Sus traumas no le permiten, al final, mantenerse al lado del hombre que ama, sino que opta por continuar su relación lésbica. Así, la mayoría de los personajes se acoplan a las preferencias sexuales elegidas por cada quien.

ESCUELA SUPERIOR

MENCIÓN DE HONOR

Limbo

Claudia S. Vélez Hernández

Es seguro decir que los diecisiete años es la edad que muchos de nuestros padres recuerdan con tanta nostalgia. Ellos nos relatan historias de su juventud como los griegos antiguos relataban sus epopeyas; se pintan como dioses y símbolos de juventud. Según ellos, son el modelo a seguir. Sin embargo, los tiempos han cambiado, como dicen por ahí, y la generación de ahora se diferencia mucho a la de nuestros padres.

En esas proclamaciones de juventud, nuestros padres tienden a decir sobre las maldades que hacían en su colegio o por el vecindario. Las mismas pueden ser inocentes, como molestar al maestro con preguntas irrelevantes en la clase, pero también pueden ser más atrevidas, como meterse en la casa del vecino por las tardes para ver televisión y tomar refresco, todo sin el conocimiento del vecino. Cuando terminan el cuento, ya anticipas la pregunta: "Y tú, ¿no te metes en problemas?". Luego te sientes obligado a contestar con la respuesta automática: "Yo no hago maldades como esas. Lo peor que he hecho es escribir en uno de los escritorios del colegio, y si acaso. Comoquiera no tengo mucho tiempo para planificar nada, hay mucho que estudiar. Pero no sé. Tal vez, antes de graduarme de la *high...*". Y así son todas las conversaciones con los adultos.

¿En realidad harás alguna maldad antes de graduarte? Lo más probable no. Y si lo intentas, sabes que las repercusiones serán graves, porque hubo un estudiante de la clase del '86 que hizo lo mismo y por eso pusieron una regla en contra de eso. Sin embargo, no dejas de debatir si estás aprovechando tu juventud a lo máximo. *Yo me las pasaba los fines de semana en casa de mis amigos.* Ya no hay tiempo para eso. Los fines de semana se han convertido en dos días adicionales de escuela. *¿Todavía estás haciendo asignaciones? ¡Pero, si ya mañana es lunes! ¿Cuándo piensas salir?* He aquí la gran contradicción. Nuestros padres nos critican cuando estudiamos mucho y nos dicen que debemos salir más; pero cuando salimos una o dos veces, nos dicen que no le estamos dedicando el tiempo suficiente a los estudios. *¿Cómo piensas graduarte? ¿Ir a la universidad? ¡Siempre estás saliendo!* Es un dilema que muchos adolescentes enfrentan hoy día.

Es difícil hacer un balance entre los estudios y lo social. Antes tú salías de la escuela y te ibas a tu casa o a la de tu amigo y pasaban la tarde juntos. Corrían bicicletas y salían a los centros comerciales a encontrarse con el resto de los amigos. No había el estrés que hay ahora de que cuando llegue a casa tengo que hacer la tarea de matemáticas; luego estudiar para el examen de historia que tengo mañana. Además, tengo que empezar el proyecto de español que no pude hacer ayer porque tenía que enviar la monografía de biología por correo electrónico. En vez de llamar a tus amigos para encontrarse en el cine, los llamas para preguntarles sobre el proyecto grupal que será mitad de la nota de la clase. La vida parece que corre muy rápido y añoras la tranquilidad que tenían tus padres.

Cuando logras tener tiempo libre, el centro de "*janguero*" es la calle San Sebastián del Viejo San Juan. Se unen todos los sábados por la noche, todos los jóvenes de toda clase para olvidar: olvidar las responsabilidades, olvidar las reglas, olvidar el estrés y hasta para olvidar a los padres. Inmediatamente que llegas, en la calle puedes sentir las inquietudes de la juventud frustrada. El aire que llena el espacio es tangible, y los pies caen pesados sobre los adoquines. Por una noche son sus propios dueños; no tienen que mirar sobre sus hombros y ver los rostros de sus padres diciéndoles que no hagan ni esto ni lo otro. Descubren que tienen su propia etapa: el entremedio. Aun no son adultos sabios, pero ya no son niños ingenuos. Por una noche no están confinados al limbo de su juventud.

Los adolescentes andamos en manadas. Es rara la vez que estamos solos. Es algo que forma parte de nuestra naturaleza; nuestra inseguridad nos inclina a que nos apoyemos mutuamente. Por esto las amistades son esenciales. En aquellos momentos que uno se sienta amenazado, ya sea por parte de otra persona o de uno mismo, el resto del grupo une sus fuerzas para combatir cualquier energía negativa. No es nada nuevo.

En el mundo de los adolescentes, el refrán "Dime con quién andas y te diré quién eres" es bastante certero. Si eres parte del grupito de Fulano, eres el clásico deportista popular. Si andas con el grupito de Fulana, eres un artista liberal - radical. Imitamos el pensamiento categórico de nuestros padres y formamos unos estereotipos que creemos que debemos seguir. No necesariamente serás un liberal-radical solo porque andes con Fulana, ni serás un deportista porque andes con Fulano. Sin embargo, somos nosotros mismos que sentimos una presión realmente inexistente por encajar dentro de estos moldes. Todo por complacer a nuestros padres, porque en sus tiempos tenías que vivir dentro de ese estereotipo aunque no lo quisieras. *Y porque es injusto que yo tuve que reducirme para caber dentro de un molde y gracias a eso ahora soy una persona integral. Mis hijos ahora tienen que pasar por lo mismo para que sean igual que yo.*

El aspecto de las redes sociales complica más el asunto. Antes cualquier tipo de información sobre los demás se pasaba de boca en boca, y si acaso por teléfono si nadie más en la casa lo estaba utilizando. Ahora existen las redes sociales: otros

medios de comunicación que juegan papeles extremadamente importantes en la juventud de hoy. Antes los chismes trataban de cosas que pasaban en la escuela. *¿Viste la manera en que te miró? Seguro que él está enamorado de ti.* Ahora los chismes tratan de las cosas que se *postean* en internet. *¡Oye, mira! Le dio like a tu foto. Ahora todo el mundo pensará que le interesas. No creo que a la novia le guste eso...*

Ese es otro punto: las relaciones. No importa a qué generación pertenezcas, las situaciones posibles son iguales. Por un lado, puedes ser la pareja en serie. Esta es la persona que tan pronto rompe una relación, ya está entrando en otra. Es una persona que miras con confusión. ¿Cómo es capaz de tener tanto tiempo y energía para concentrarse en tener una pareja, además de todos los otros elementos en su vida? Parece ser una tarea imposible. Puedes estar en el medio: tal vez tuviste una o dos parejas en tus años de adolescencia. Por lo general, este tipo de persona cae dentro de lo normal: disfrutan de la compañía de una cantidad moderada de parejas. Sin embargo, probablemente no eres ninguna de las anteriores, y eres de las personas que se mantienen solteras a través de estos años. "Jamona" te dicen, porque tus fuerzas no están dirigidas hacia la conquista de corazones, sino a la conquista de tus sueños.

Luego solo hay un sentimiento que circula por la mente: la incertidumbre. ¿Estoy viviendo mi juventud al máximo? Mira todo lo que disfrutaron ellos, todo lo que aprovecharon, y también se graduaron con todos los honores. ¿Será que ahora todo es más difícil? No creo que sea probable. Cada vez que leS pido ayuda a mis padres con cosas de la escuela me dicen que a ellos se lo enseñaron un grado antes que yo. Sin embargo, ahora existen las redes sociales que lo hacen todo más complicado. *Los celulares en la caja, por favor, hoy tenemos examen y no quiero que estén copiándose.* No puedes tener una conversación sin escuchar a alguien decir las palabras Twitter o Facebook. Hay tantos elementos que nos afectan. ¿Mis padres se sentirían de esta manera?

La realidad es que, lo más probable, se sintieran igual. Las presiones son distintas, pero el efecto en los adolescentes es el mismo en todas las generaciones. Hay una presión por madurar, una presión por mantener la inocencia de la niñez, una presión por definirse como persona. Parece ser que tantas presiones desde tantas direcciones mantienen a los adolescentes en un limbo; no tan inocentes como antes, pero aún sin la malicia que se requiere para el "mundo real".

Los adolescentes estamos suspendidos en tiempo y espacio. La generación a la que permanezcamos es totalmente irrelevante. Flotamos a través de nuestra vida, viéndola pasar como si fuéramos una omnipotencia autónoma indiferente. Estamos en un entremedio que parece ser una cápsula flotando en el universo, tan cerca de su destino y muy lejos de su partida para marchar atrás. En la suspensión los días se hacen eternos por la espera de algo nuevo, algo mejor. No somos adultos, no; tampoco, niños ingenuos. Somos una entidad solitaria que bordea ambos mundos,

permaneciendo hasta que llegue el día en que seamos liberados del confinamiento del limbo de la adolescencia.